

Título:

La última zanahoria

Autor:

Eduardo Santos

Contenido

CAPÍTULO UNO	3
CAPÍTULO DOS	9
CAPÍTULO TRES	13
CAPÍTULO CUATRO	19
CAPÍTULO CINCO	24
CAPÍTULO SEIS	30
CAPÍTULO SIETE	36
CAPÍTULO OCHO	41
CAPÍTULO NUEVE	46
CAPÍTULO DIEZ	53
CAPÍTULO ONCE	58
CAPÍTULO DOCE	63
CAPÍTULO TRECE	68
CAPÍTULO CATORCE	73

CAPÍTULO UNO

En soledad, mientras friego el gimnasio abandonado donde La Cabra supo generar a los mejores remeros del país, observo la pared blanca que tengo enfrente y no puedo más que usar referencias al río como metáforas para describir las manchas de humedad en ella. El lamparón amarillento justo a la altura de mis ojos es claramente un dorado nadando a contra corriente. Esa otra más oscura, ahí arriba a la izquierda, una boya esperando el pique para hundirse. Debajo están los botes que, compitiendo en una regata, avanzan como una flota de transpiración hacia el piso. No puedo imaginar en ellas, a pesar de todo el tiempo que paso mirándolas, digamos, por ejemplo, la luna triste del enamorado no correspondido o el cuchillo filoso del vengador silencioso. Metáforas sin dudas más placenteras de usar que el oloroso y escabullidizo surubí. Lamento la incapacidad para contar esta historia, mi historia. Y es que esas metáforas, ese río que corre por la pared, la que manché de sudor y saliva durante años, la que conozco de memoria y he visto fijamente por muchas horas de entrenamiento en la máquina ergométrica, representa lo que navegó junto a mi bote en las mañanas soleadas que transparentan el agua, imágenes que a veces me llenaban de entusiasmo, y a veces eran un ancla imposible de levantar.

En ese río buscaré las explicaciones. Es lo único que comprendo su funcionamiento, y en las analogías a él es que puedo intentar comprender otras cosas, por más de que sean inútiles para otros, y pobres literariamente.

Además, el río es el único que me entiende. Más ahora que murió La Cabra, entrenador en mi juventud cuando él ya era mayor, entrenador de mi padre, cuando los dos eran jóvenes. Fue su muerte la que propició mi regreso, luego de quince años, al pueblo en el que crecí y que

es a veces acariciado, a veces abofeteado, por el famoso río Santa Helena.

Murió La Cabra. Se suicidó. Se tiró de la lancha y no salió nunca más. Ahogado en el que fue su lugar de trabajo por tantos años, sumido en la incapacidad y obsesión de repetir el logro máximo de su vida: llevar otro atleta a los Juegos Olímpicos, como lo hizo con mi padre. No sé si lo quería hacer por él, por el pueblo, o por Dios. Es lo mismo. Una obsesión, como una adicción, es un motor que funciona con cualquier combustible.

Yo estuve muy cerca de clasificar. A pocos metros diría. Pero me traicionó una tanza que se enredó en mi egoísmo, hinchado y puntiagudo en aquel momento, y que se mantuvo enredada en mi cuerpo. Me fue tirando, cinchando y soltando, yo la seguí como un pescado hasta el cansancio, y me arrastró hacia la costa de la huida.

Sobre La Cabra puedo decir, con seguridad, que nunca supo nadar. Ni de joven, ni de adulto, ni de viejo. Es algo que solo yo conozco, debido a la noche en que lo salvé de morir ahogado. Eso fue hace muchos años. Tantos, que en ese momento todos creían que correría con Carlos el doble para la clasificación a los Juegos. Tantos, que todavía me creía capaz de lograr la atención de Ana. De todas formas, esa noche, como siempre, debido a que Carlos nunca se quedó tiempo extra para entrenar, estaba solo junto a La Cabra. Fue la noche en que acercó su lancha lo más que pudo al bote, siempre tarareando la canción, y con una linterna me alumbró los nudillos, sabiendo que podía corregir aún más mi técnica y ganar segundos viendo la dirección en la que apuntaban. Siempre hizo eso, siempre miró los detalles que otros ni se imaginaban, siempre varios pasos adelante incluso de los mejores entrenadores del mundo. Me forzaba a quedarme más tiempo para seguir mejorando. Más de lo que yo creía necesario. Más de lo que mi foco permitía.

La rutina y el sacrificio se sentían en su olor a río, en las mangas mojadas de los pantalones arremangados, en los pómulos quemados por el sol y en los pelos en aquel momento negros que le salían por debajo del gorro de lana que nunca se sacó. Pero aparte de eso, el resto de su vida siempre la escondió, ya sea detrás de sus gritos por el megáfono o, según me contaron cuando volví, en los cubículos del baño del club, donde pasaba mucho rato encerrado.

Durante los entrenamientos siempre acompañaba los botes con la lancha, bajo sol o lluvia, gesticulando y gritando por el megáfono incoherencias ininteligibles, con la mano haciendo visera si es que el sol le daba de frente. Lo hizo desde antes que yo naciera, desde que entrenaba a mi padre, y lo siguió haciendo por más décadas de las que podía contar con sus dedos sanos.

Su prédica fue el agua. Amalgamarse y fluir. Eso buscaba en nosotros, adaptarnos a su

física y dejarnos rodear, entender que siempre estamos en el agua. Eso parecía querer decirnos, aunque no lo comprendimos.

Aun así, nunca lo había visto sumergido hasta ese entrenamiento en que estiró la cabeza para ver mejor mis manos, y perdió el equilibrio.

Cayó al agua y se hundió en la oscuridad. Sentí el descontrol de sus brazos y piernas en la espuma de la superficie, y ahí supe que no podía nadar. Su gorro quedó flotando, el motor hizo un ruido grave y se trabó por una décima de segundo, luego la nube negra surgió. Salté y lo tomé del cuello de la campera. Sus movimientos parecían querer alejarme, como rehusando cualquier ayuda, pero logré impulsarme a la superficie y arrastrarlo conmigo. Hice que se sujetara del bote y ahí vi los dos dedos de la mano izquierda que se había cortado con la hélice de la lancha.

El accidente hizo que se quedara un par de días sin entrenarnos, supongo que durmiendo todo lo que nunca dormía.

Sé que nunca aprendió a nadar porque murió ahogado de la misma forma que aquella noche, saltando de la lancha, esta vez solo, ya que nunca encontró otro atleta que apreciara el trabajo extra. Saltó de la lancha como buscando terminar el trabajo que yo detuve, como negando y tratando de borrar todo lo que pasó entre la primera y segunda caída, como si en lugar de ayudarlo lo que hice al rescatarlo fue darle dieciséis años más de agonía.

Quien sabe nadar no se puede ahogar así. Tendría que atarse al ancla u otro peso, pero no fue necesario. En esos últimos milisegundos de descontrol la mente, cuando sólo responde al instinto de supervivencia, enviaría todos los recursos necesarios para salir a flote. Únicamente alguien desprovisto de toda capacidad permanecería sumergido. Nadie tiene, y menos una persona con la mente tan revuelta como tenía él, la claridad y la disciplina como para dejarse envolver por la oscuridad del lecho del río y aceptar la muerte como a un aliado.

Me hubiera gustado despedirme, sin embargo, cuando me enteré, ya estaba velado y enterrado. Me avisó Ana, consiguió mi número de alguna forma, y me llamó. La atendí solo por aburrimiento, sin saber que se trataba de ella, estando en San Francisco, donde pasé los últimos años de escape. La atendí en el pequeño apartamento, parado junto a la ventana, tratando de absorber la mayor cantidad de luz que entraba por el pozo de aire, como para calentarme las manos. Aprovechar el poco sol que no era bloqueado por las cuerdas con ropa colgada de los pisos de más arriba, tapándome un oído con una mano y tratando de escucharla a pesar de los gritos de los niños, las peleas de los vecinos y los televisores retumbando con programas de concursos.

—La Cabra, murió.

Desde que me fui del pueblo no hablaba con ella. Estaba triste o nerviosa. Noté que quería imposter una voz, utilizar palabras poco usuales y colocarlas en lugares inapropiados. Quizás porque pensó que ya no recordaba cómo hablar español, o tenía miedo de carecer de un lenguaje de nivel universitario. Utilizó palabras del estilo de apesadumbrados, apremiante o idóneo, que no son de uso de los habitantes del pueblo. Por más que creemos que soñamos en grande, que podemos imaginar cualquier futuro posible, sólo podemos figurarnos con las palabras que conocemos, y nuestros sueños llegarán apenas hasta el límite de nuestro vocabulario. Nada más allá. Por eso los anhelos de los habitantes del pueblo son tan acotados, y los míos siempre terminan en las dos palabras malditas, Juegos Olímpicos.

Me contó del velorio, de las pocas personas reunidas en la sala de los Rotarios, de los crucifijos y otros símbolos religiosos y la ausencia de emblemas del culto verdadero del pueblo, de lo que profesaban verdadera fe: el remo.

Se produjo un silencio. El discurso que tenía preparado terminó y mi reacción fue vacía, seguro diferente a la que buscaba. Me tomó de sorpresa, no tenía nada para decirle. Sin embargo, no cortamos. Nos quedamos callados.

Ana, Anita, Ana la inocente, Ana la más linda e inteligente, Ana la trola, Ana la traidora.

—El domingo hay regata ¿Sabés? —me dijo al fin, y cambió de voz. Entonces la reconocí, reconocí al pueblo detrás de ella, la melodía en las palabras que ondulan lentas y ascendentes terminando en una pregunta que no lo es, como olas pequeñas rompiendo en la orilla un día sin viento.— Seguro que va a estar todo el pueblo

No podía volver. No por ella. No me di ni medio segundo para reflexionar. O sí, quizás fue un pensamiento tan rápido que no pude ser consciente de él, quizás pasaron como flashes por mi mente el costo del pasaje, cómo enfrentaría a mis padres con sus respectivas enfermedades, los charcos en las calles de balasto, la cabeza de los vecinos juzgándome asomados entre las persianas y los almacenes oscuros con productos vencidos hace varios meses.

Le dije que lamentaba no poder ir. Que estaba en medio de un período de mucho trabajo, que debía esperar los resultados de una investigación que estaba haciendo y que presenté a una

agencia del gobierno para obtener el financiamiento. Que por otro lado, ya nada me ataba al pueblo. Nada me unía y nadie me recordaría, ni siquiera La Cabra. Que dejé todo para no volver hace ya mucho tiempo y que ahora ya no tengo razón para hacerlo. Que lamento mucho la muerte, pero no era el momento de volver. Todo eso le dije, o me hubiera gustado decir. Posiblemente mi respuesta fue mucho más corta e infantil.

—Te entiendo. ¿Puedo comentarte otra cosa? —siguió Ana,— en tres meses y en honor a La Cabra la confederación va a hacer la regata clasificatoria a los Juegos en el club, ¿te imaginás? Y hasta nos dejan presentar un bote. Lástima que no tenemos atletas dispuestos.

Corté, pero ya no pude dejar de pensar en ese tono de voz y en lo que traía detrás. Permanecí sentado en el alféizar de mi apartamento, con el sol débil en la nuca podía ver la cama, la cocina, la mesita de madera compensada con las dos sillas plegables que la acompañaban y el bol con los tres limones que cuidaba como oro, en esta ciudad donde todo tiene precio de metal precioso. Mi apartamento entero no solo a rango de vista, sino que estirando los brazos podría tocar al mismo tiempo la heladera y la mesa de luz. Golpeé mi cabeza contra el marco de la ventana. La plata ahorrada alcanzaba apenas para un pasaje de ida. No fue como lo imaginé.

Estas memorias deberían ser más fáciles de escribir. Debió ser otro yo el que estuviera en San Francisco. Uno que habría sobrellevado con entusiasmo los obstáculos en la universidad de la costa este, esforzándose al máximo para ser uno de los mejores remeros universitarios y clasificar a los Juegos Olímpicos. Que luego de obtener la gloria se hubiera recibido con honores de Químico, y que ahora disfrutara de un alto cargo en una empresa tecnológica, o siendo director de su propio emprendimiento, financiado por los mayores inversores. Unas memorias donde el pueblo solo se nombrara al principio, como un hecho: viví ahí hasta los diecisiete años, nada más, apenas una o dos anécdotas que quedarían insignificantes frente a lo que logré posteriormente.

Siempre creí que mi escape traería olvido, que yo sería olvidado por el pueblo, y que yo olvidaría. Pero no fue verdad ni para el pueblo ni para mí.

Que no fue verdad para mí lo tenía bien claro todas las noches, pero que no fue verdad para el pueblo lo comprobé la tarde de la llamada de Ana, cuando me di cuenta de la coincidencia entre fechas y comencé ser consciente que mi escape no fue un final, sino parte de algo que todavía se estaba desarrollando, y que solo yo podía darle la conclusión que

merecía.

Haré el esfuerzo por ordenarme al contar mi historia y tratar de por lo menos arrancar con el comienzo. Debería ser el de mis juegos imaginarios, de niño, donde la cama representaba un bote. Esa es la primera imagen que me llega. Sin embargo no puedo permanecer ahí, el flujo de recuerdos salta hacia un momento más reciente. Es el momento en que regresé a la casa de mis padres después de quince años, en el pequeño pueblo de Santa Helena, con la determinación de remar nuevamente para el club al que pertenece el gimnasio desde donde escribo, el otrora prestigioso Santa Helena Rowing Club, y poder terminar lo que dejé a medio hacer, honrando a La Cabra y clasificando a los Juegos Olímpicos.

CAPÍTULO DOS

No fue que creyera que rejuvenecí o volví atrás el tiempo dieciséis años por haber regresado al pueblo. No soy tan ingenuo. Pero verme en el reflejo de la ventana del cuarto, convertida en espejo por la oscuridad previa al amanecer de esa mañana en la que llegué, y notar las mismas arrugas y canas en las patillas que tenía cuando me vi en los espejos del baño del aeropuerto de Los Ángeles, donde hice escala de regreso, igual me impactó.

Palpé los pegotines que estaban pegados en la parte baja de la ventana. Quise sentir el relieve y ganar el sentido del tacto, el más difícil de evocar en los recuerdos. Los pegotines, blancos, descoloridos por el sol, ya solo tenían cabezas en mi memoria. Jugadores del mundial del noventa sonreían pegados tan aleatoriamente como mi peinado luego del largo viaje, ubicados con la desprolijidad acorde a la falta de solemnidad de un niño.

En cierta forma copiaron el desorden mental en que los recuerdos de madrugadas frías y pitidos agudos se me mezclaban con el reflejo de mi cuerpo osco, ancho, jorobado según

dirían algunos de mis ex compañeros.

Tenía las piernas agotadas. Me senté en la cama casi desplomándome, con el leve propósito de abrir el bolso y comenzar a desempacar las pocas ropas había traído. La dureza de mi caída fue devuelta en todo su peso por las maderas, traspasando lo delgado y gastado del colchón. En ese momento supe que, en la vuelta, no habría lugar para el descanso.

Como siempre, viviría en la nebulosa del sueño continuo. La maleza mental que se desvela como el sauce llorón del frente de la casa que me recibió cuando bajé del taxi y me fue abriendo paso por el camino de piedra laja. Las ramas, que como la tela en mi mente, me llevaron hacia los mismos ladrillos mohosos y rejas herrumbradas que me despidieron quince años antes y que al regresar me recibieron riendo, pero no de felicidad, no, sino burlescos de mi regreso en el fracaso. Sabiendo, como lo sabe todo lo inanimado de este mundo, lo que guardamos con vergüenza.

La almohada de polifón intacta, con la funda blanca de anclas y velas, tomó con firmeza el timón de mis recuerdos. En la aureola amarillenta, que imprimió mi nuca noche a noche como un sudario durante toda la niñez, pude ver expresadas las pesadillas que nunca recordé. Registro de la transpiración fría con que me despertaba gritando de miedo ante el inminente ataque o peligro. Solo recuerdo los gritos. A veces eran ahogados, a veces chillones, muy pocas veces una palabra, como "pará", "conchudo" o un simple "no". También, aunque no recuerdo las imágenes, sé que existían unos escasos segundos de traspaso del inconsciente al consciente en donde podía retenerlas, y luego se esfumaban detalle a detalle, el lugar, las caras, las situaciones, para nunca volver. No sé si era siempre la misma pesadilla o si se trataba de situaciones originales. Pero si en mi inconsciente vivía algún tipo de continuidad, un hilo conductor, si de verdad existiera algo que uniera todo, ese hilo sería el eje de un collar de perlas. Cada perla formada por las gotas de sudor impregnadas en la almohada, humedecida, que dejaba al salir de esas pesadillas. Cada pesadilla una perla que en su acumulación formaron esta mancha amarillo clara al centro, pero con los bordes reafirmados, casi naranjas. Ni mi madre, con su obsesión por la limpieza y el control, pudo extraerla. Así como tampoco pudo cortar o corregir el hilo conductor en sus visitas cuando respondía a mis gritos, basando su insistencia en dormir todos con las puertas abiertas para escucharnos. Entraba al cuarto lenta y sonriente, casi como diciendo "mi vigilia vale la pena," dejando a mi padre roncando, frustrado y paralizado en sus propias pesadillas, y con la manga de su camión, blanco con lunares rojos, me secaba la frente, no la nuca, y me arrimaba el vaso con agua que siempre estaba a punto de desbordarse, pero que ella me lo acercaba sin derramar ni una gota.

No escuchaba sus pasos. Quizás se escondía en el pasillo, parada, esperando para asistirme. Pero lo más probable es que caminara muy liviana, como si lo hiciera sobre un puente colgante hecho de papel, armado con las páginas del diario más importante del país, en donde por un tiempo los titulares sólo correspondían a los hechos de mi padre, pasados y presentes. Encontrando vínculos mucho más fuertes en una historia que mi madre ignoraba o eligió ignorar, pero que en esos años iba pisando con tanto cuidado, haciendo equilibrio y evitando el rompimiento para no caerse en el abismo de la locura. No lo consiguió. El puente era muy largo. Y así como nos forzaba a mantener las puertas abiertas dentro de la casa, su obsesión se amplió para evitar las miradas condescendientes de las vecinas, obligándonos a cerrar las cortinas y perianas todo el tiempo, dejando la casa con un aire fantasmal que todavía mantiene.

¿Qué tan lejos debí irme para escapar de los genes?

A pesar de la soledad en las noches, viviendo solo o mal acompañado, desde que me fui pude hacer que las pesadillas desaparecieran. Entonces, me pregunté si con la vuelta también regresarían, junto con los sobresaltos que me provocaban. Al igual que cuando se invirtió el ritual en los últimos años y la que gritaba en las noches era mi madre. También me pregunté si debería soportar las risas de mi padre que para evitarlas decidió ignorar el sueño completamente, mientras se recordaba estampando su firma en decretos entre cigarros y carcajadas. ¿O serían llantos? Dormir en esta cama nunca fue fácil. Nunca.

Solo me gustaba estar en ella cuando podía encerrarme en el cuarto y subir la música del casetero. Hacer de la cama el bote con que gané tantos Juegos Olímpicos de todas las formas posibles. De atrás y justo antes de llegar. Por varios botes de ventaja. Desmayándome justo al cruzar la meta. Soltando los remos y saludando. Tirando los remos al agua y saltando detrás de ellos. Parándome en el bote y tomándome con las dos manos los testículos en dirección del segundo. Luego la cama se convertía en el estrado y me veía cantando el himno emocionado. O como atleta independiente negando la patria. O tomando la medalla y lanzándola. O rehusando cualquier ceremonia. Algunas veces, las menos, perdiendo por lo mínimo y jurando la venganza que cumpliría en los siguientes Juegos. Pero siempre solo. El bote y yo en completa sincronía con las ondas del agua. Nadie jamás me acompañó en mis fantasías, no tenían lugar.

Me negué a dormir. Todavía quedaban unas horas hasta que fuera momento de ir al río a ver las regatas de esa mañana. Pude tratar de descansar un rato, pero sabía que era imposible hacerlo. Ya estaba demasiado sumergido en los recuerdos. Busqué la tabla partida de la cama, causada por alguna exageración en el festejo ficticio. Pasé la mano por debajo y exploré las

maderas encontrando pequeñas astillas que me rozaban y tentaron en clavarse, pero no encontré la tabla rota. ¿La habrían cambiado? En la exploración lo único que destacó fue una pequeña protuberancia, endurecida, pero que al rascarla la arrastré como un silbido de mal agüero, y recuperada, incrustada en la uña, luego de olerla y percibirla, pude descubrir que se trataba de un moco petrificado. Gris y duro como las calles de San Francisco donde maduré hacia la putrefacción. Es cierto, de niño me los quitaba y los hacía bolita. Los pasaba de un dedo al otro, y luego los pegaba debajo de las sillas, los sillones, y de esta misma cama.

Apreté el moco con los dedos como un granito de varicela, como los sueños de vidas anteriores. Desde dentro, liberado de su pequeño encierro, despertando de la muerte, un gusano. Una larva asquerosa se quedó en el dedo, parada, disecada, un pequeño fósil que se petrificó junto con el moco. ¿De dónde pudo salir? ¿Será que mi cerebro, ese que tanto quiero comprender, está lleno de pequeños parásitos y de ahí sus fallas, sus incoherencias, sus estupideces? Haber fracasado por una invasión de larvas en el cerebro. Bien podría ser. Bien podría mi cuerpo estar infectado desde que era un niño. No solo las piernas, que fallaron en esas últimas remadas, sino también el cerebro, porque todo se basa en la fortaleza mental para enviar las señales correctas a los músculos. En la regata por la clasificación a los Juegos hace dieciséis años debí luchar contra la miserable línea de pesca, tanza flotante anclada en la arena, con los anzuelos y señuelos esperando agarrarse de lo que se le cruzara, y terminó enganchada en el remo. Esa línea que nadie vio y nadie me creyó que existiera. Solo yo sé que existió, por más que después todos en el pueblo me miraran con desprecio. Pero existió y vuelvo a decirlo porque estas son mis memorias, mi verdad, y se enredó justo en los últimos doscientos metros. Vi la plomada con forma de pirámide que se proyectaba como boleadora en cada recuperación. Si bien el peso de la plomada no era tanto como para decir que fue el factor del retraso, sí lo fue la desconcentración milimétrica debido al pejerrey enganchado del anzuelo y que planeaba cerca de mi cara, con las aletas filosas y esos ojos duros y endiablados que me miraron siempre que traía la pala del remo hacia atrás. Gusanos en mi sangre, peces en el río.

La tanza que hizo que mi padre cabeceara las paredes del club en gesto de ira, superando su control estoico. Lo vi al finalizar la regata, regresando al vestuario, cruzando el pasillo con olor rancio perpetuo, perdiendo la vista con cada golpe que a lo lejos provocaban el temblor y parecían querer derrumbarlo. Luego, en la noche, yo bañado en la humillación y el pueblo bañado en frustración, saliendo del club, pude ver a La Cabra sentado en la lancha, absorbiendo el frío, iluminando el agua con una linterna. Quizás buscando, incrédulo, la prueba de lo que le dije, de mi excusa, esperando encontrar la maldita tanza, así todo sería más fácil. O quizás

simplemente contemplaba los peces que se acercaron encandilados, mientras pensaba que no era tan grave, que solo tendría que esperar cuatro años más. Que todavía no era tan viejo.

CAPÍTULO TRES

Ningún heleno sabía de mi regreso. Nadie salió a recibirme ni hicieron de mi llegada un desfile. Unos minutos antes de salir de San Francisco le avisé a mi padre y cuando le comenté que el vuelo llegaba en la madrugada me dejó la puerta abierta para que entrara sin despertarlo, o sin tener que preguntarle por mi madre. Luego salí de la casa y ellos todavía dormían.

Llegué temprano, me acomodé en el largo banco de hormigón, todavía frío, que enfrenta la línea de meta. El sol asomaba sobre el horizonte de los árboles, dejando el agua de color dorado. Comenzó a entrar el resto de la gente, que al enfrentarme me miraron para luego taparse los ojos. Quizás se debió a que tenía el sol detrás. Quizás se estaban tapando para no encandilarse. De todas formas, en ese momento, sentí que lo hacían porque vieron algo que les pareció fantasmal.

Se tapaban porque al verme se les presentó la tragedia que arrastraba como ondas en el agua. El aura pesada que solo se desvela en los funerales, de eso se trataba, donde todos tienen el gesto de arrepentimiento, y yo llevaba el mayor de todos, el de la ocultación. Miré las caras, muchas, casi todas, conocidas. Cambiados, el pelo blanco o pelados, con ropa que parecía prestada porque estaban más flacos o más gordos, y vi reflejado en ellos mi historia incompleta. Se alejaron de mí. Comentaban entre ellos y se sentaron de tal forma que quedé solo, en el centro de un círculo al que parecía que no podían entrar. Entendí que cuando me miraban veían solo la parte de la trama que ellos conocían, que imaginaron, o les contaron, y que la aversión

o antipatía que sentían era porque no conocieron mis motivos. ¿A quién quiero engañar? Si supieran mis verdaderas razones la aversión se convertiría, seguramente, en profundo odio.

Sabía que el rechazo era una posibilidad, incluso la violencia. Pero necesitaba la exposición. Necesitaba ser visto y ver cuál era la reacción. Nadie olvidó.

Se cubrían la cara con la mano. Algunos con la palma hacia ellos, haciendo visera, pero muchos otros lo hacían con la palma hacia mí, casi en actitud de defenderse de un demonio, y noté que todos tenían la palma ennegrecida. Pensé que podía ser una sombra, pero no, todos tenían las palmas de las manos marcadas con algo negro. Eran tatuajes.

La coincidencia de fechas de la que hablé anteriormente se daba entre la del suicidio de La Cabra y la de esa última regata en la que no pude clasificar a los Juegos Olímpicos. Recordaba muy bien el día, no sé cuántas personas más lo harían. Ahora estoy seguro que La Cabra también, y que su suicidio no fue casualidad. No sé por qué, pero siempre creí que sería bueno que más gente pudiera recordarlo y festejar, tomarlo como un día festivo, que entre los que recordábamos ese día alguien, por lo menos alguien, pudiera ponerse contento. Me pregunté si el peruano que me ganó, o el bote de dobles argentino que humilló a Carlos y Dionisio, lo recuerdan y festejan con la inocencia de ignorar lo que nos pasó a nosotros desde ese momento. Si se reúnen a recordar ese día y la felicidad que les trajo a ellos, si abren una botella de espumante y lo sirven bien frío en copas finas de cristal, como si estuvieran en el lanzamiento del libro con sus memorias triunfantes.

Durante muchos años ese día lo conmemoré tomando. Al igual que como imaginaba a los argentinos y peruanos, pero tomando solo, sin festejo, fuera de cualquier ceremonia. Pasados los años de universidad en Boston me mudé a la costa oeste, nuevamente escapando, ya sabrán por qué. Deambulaba por las calles de San Francisco, en esos repechos que me hacen envidiar al salmón, sin reloj y sin mucho sentido del día en que vivía debido a mis horarios rotativos en el trabajo. Pero cuando descubría el aniversario por mera casualidad, en la computadora o en un San Francisco Chronicle tirado en la vereda, brotaba de mi cuerpo una ansiedad que me llevaba a cualquier supermercado a comprar una botella de vodka, siempre la de más abajo de la góndola, y encerrarme en mi apartamento hasta vaciarla.

Dos veces en esas noches cortas y profundas del alcohol soñé con la muerte de La Cabra. Dos veces caminando por la avenida que lleva al muelle 39 me encontré con Carlos sentado en un bote, con el pelo abultado como cuando éramos jóvenes, llorando y gimiendo lamentos, rogándome por favor que lo acompañe remando por el Pacífico hasta el pueblo para llegar a ver a La Cabra, para salvarlo. La tercera vez, si bien también me pareció un sueño,

estaba despierto. Y Carlos nuevamente estaría sobre un bote.

Alguien pasó por detrás y sentí su rodilla en mi espalda. Siguió de largo. Una piedra cayó en el banco cerca de mí. Siguió picando y rodando por la tribuna hasta llegar, con lo último de su energía, al agua. Me di vuelta y nadie parecía estar viéndome, pero más allá distinguí una silueta caminando en mi dirección. A pesar de los años sin verla, reconocí a Ana caminando y trepando la tribuna de hormigón. Qué normalidad, por favor. La reacción no tanto sobre ella, de quien podría decir que me pareció al menos bonita, sino por la súbita realización de que, si ella fue la dueña de mi deseo y fantasías amorosas desde que empezaron a gustarme las mujeres hasta varios años después de mi huida, como un cofre lleno de monedas de oro hundido en el río, inalcanzable y despegada, bueno, la realidad era que no estaba aspirando a mucho. Y aun así no pude lograrlo.

Venía cubriéndose la cara como el resto, pero de forma intermitente, para poder guiarse hacia mí. En su camino yo también me cubrí la cara como imitándola, burlándome, y ella sonrió.

Se sentó a mi costado, mirando hacia el río vacío de botes. La curva no permitía ver la línea de salida, pero por la hora sabíamos que faltaban unos minutos para escuchar la corneta que indica el comienzo. Durante los años en que no la vi, siempre que sentí el aroma dulce, cálido y aterciopelado de ese perfume, pensé en ella. Nunca pude identificar de cuál se trataba, aunque sé que era común, fácil de encontrar en oferta en cualquier perfumería. No se lo pregunté tampoco, no le di importancia, pero ese día no lo estaba usando. Era ella, no tuve dudas, fue la visión de la pequeña cicatriz en la frente, en el lugar en que la dejé, lo que me lo confirmó, pero el perfume que traía se sentía diferente, frío, acuoso, maduro.

—Estás acá, ¿por qué volviste al final?

Fue lo primero que me preguntó, pero será lo último que le responda. Esa pregunta rondará en nuestro alrededor como yo rondaré la respuesta, con excusas o mentiras, con sonrisas y quitando la mirada, con razones que irán de un lado al otro del espectro del amor. Y en esos paréntesis, que son redondos como globos listos a explotar, estarán las mentiras que cubren un grito de ahogo, un grito hecho desde lo más profundo y que flota a la superficie como burbujas que revientan en la nada.

La primera regata fue por el campeonato nacional juvenil, y los equipos comenzaron a aparecer a lo lejos. Desde la perspectiva nuestra era difícil adivinar la separación entre botes.

En el fondo se destacaba un niño flaco y alto, con huesos que parecían querer salirse del cuerpo, augurando el crecimiento muscular que le esperaba. Felipe es el hijo de Ana y de Carlos, ese día corría junto a otros juveniles en un bote de cuatro. Pensé que era un buen logro que un muchacho de quince años corra en una categoría para sub dieciocho, que quizás tenía un gran futuro, que fuera talentoso. Ana me respondió que se debía a la falta de atletas. La bandera del Santa Helena Rowing Club no se había modificado desde que me fui, seguía siendo un triángulo blanco con borde rojo y las iniciales del club en vertical, cada letra en un color diferente, verde, azul, negro y amarillo, por lo que contiene los cinco colores de los aros olímpicos. Ese es el código, no tan secreto, que honra a mi padre y a La Cabra por haber clasificado a los Juegos y que flamea en los mástiles al costado del río por todo el recorrido de la pista, así como se plasma en el pecho de las mallas de los atletas.

El sol les daba en la cara a los remeros, es decir que apuntaba a la llegada, ya que en el remo los atletas van mirando hacia atrás, siempre hacia atrás. Ana no parecía muy entusiasmada en la regata, y no me pareció extraño. Lo de ella, cuando niña, era la música. Interpretar sonatas o sinfonías, sonreír y mover los dedos cuando escuchaba a Mahler o Bach, pero su vocabulario no pudo ir más allá del "bienvenido" o "tome el programa de esta noche". El trabajo de acomodadora en el auditorio de la ciudad capital, a dos horas del pueblo, le permitía ver los conciertos gratis, y soñarse, solo soñarse, como parte de una gran banda sinfónica, admirada por el público uniforme y oscuro que tose siempre en el peor momento. Viajar al exterior y tocar en los mejores teatros del mundo, quedarse en un hotel cercano al auditorio y salir a caminar, en las noches, luego de los conciertos, por calles estrechas y silenciosas, cubierta por un chal y expulsando vapor al exhalar. Las mejores noches en las grandes ciudades son las de invierno, imaginaba ella, noches grises en el cielo y azules en las ventanas de los comercios que permanecen abiertos hasta tarde. Caminar con el estuche del violín, su instrumento favorito, que en el sonido de vibración dulce es más parecido al perfume anterior que al actual, si es que eso significa algo. Volver a Santa Helena, entrar a la casa en la madrugada y despertar a su hijo. Sentarse en la cama junto a él y contarle lo lindo que son esas ciudades, las diferencias con el pueblo, prometerle que algún día lo llevaría con ella. Quizás hasta pudieran irse a vivir a otro lado, porque un sueño que yo desconocía, y que Ana pudo verbalizar en su mente luego de mi huida, es el de irse del pueblo con su hijo. Irse como yo, tomarme de ejemplo, verme como el símbolo de su esperanza.

(Le contesté la pregunta, entrecortado e inseguro como a cualquiera que, o bien le piden que lleve a palabras algo que solo es sentimiento, o bien está mintiendo. Le dije que volví por

la esperanza. En honor de La Cabra. Por lo que le debía al pueblo. Por la regata que les negué. Para remar y enmendar mi error, por haberlos abandonado. Que su llamada me conmovió y luego de cortar sentí algo místico que me impulsaba a intentar lo que debí intentar hace muchos años, y que, en el fondo, por alguna razón también inexpresable, podía estar seguro de que clasificaría a los Juegos Olímpicos. Lo haría para darle al pueblo lo que debí darle hace tiempo. Sabiendo que no sería fácil, que necesitaba entrenar como cuando joven y más, aunque fuera día y noche, pero que estaba dispuesto a darlo todo.)

Esperaba la tranquilidad de una competencia de remo, pero el ambiente estaba lleno de hostilidad.

Una señora mayor, apoyada de un bastón y con la cabeza cubierta con una bolsa de nylon, se acercó a insultar al bote ganador. Bajó los escalones con mucha energía y quedó a un paso de caer al río. Levantó el bastón y gritó "Andate, andate por donde viniste, acá no te queremos" Al darse vuelta me miró fijo con los lentes empañados y golpeó el banco de hormigón con el bastón.

En ese momento el bote de Felipe cruzaba la meta en último lugar, a cuatro o cinco botes de distancia del penúltimo. Navegando casi de costado y corrigiendo las descoordinaciones como podían. Leves aplausos los recibieron y caminaron cabizbajos hacia el vestuario. Ana había permanecido impasible a mi lado.

—Mirá qué bien, ¿así que vas a correr con Carlos de vuelta?

Nombró a Carlos con un aire de superación, como si no tuviera ningún peso en su vida, como si hubiera olvidado toda la historia, o hubiera tomado otro rumbo. Y le creí.

—No, no, corro solo, con el lugar que nos cedió la confederación, vos me lo dijiste por teléfono.

—Ah, ¿sí? ¿Y te dije que es para el dobles esa plaza? No hay invitación para el individual, creo que el único atleta con figuración internacional es Carlos. Vas a tener que convencerlo.

A pesar de mis claros intentos por hundir los genes de mis padres en la oscuridad del lecho marino, junto a otros monstruos o criaturas ocultas de la superficie, siempre recaigo en

esos pequeños actos reflejo que me unen a ellos como un puente irrompible por el que cruzan detalles que no puedo evitar. En ese momento cruzó por el puente uno de esos genes, que flotó en mí y no pude evitar que navegara hasta el frente mismo de mi consciencia, y ese gen contenía solamente la palabra favorita de mi padre: Mierda.

CAPÍTULO CUATRO

Iba a escribir sobre Carlos, Carlitos, Carlos el carismático, Carlos el seductor, Carlos el inútil, Carlos el traidor. Sobre lo que pasó cuando lo vi remar esa tarde y lo que pasó cuando traté de convencerlo de que corriéramos juntos nuevamente. Pero todavía no puedo. No puedo porque esa tarde de regatas con Ana fue eterna y real. Pasaron los botes dobles, los cuádruples, los botes de ocho, en juveniles, en hombres, en mujeres. La mayoría sin representación local. Durante todo ese rato las nubes se fueron generando. Se asomaron desde la dirección del mar, pasando de la blancura infantil al gris de la adultez. Subiendo por el río hasta cubrir el sol, dejando el agua con un color tan oscuro como el manto que cubrió al pueblo desde que me fui, y que comencé a entender gracias a las horas que pasé con ella, en ese banco de hormigón frío, y luego en su colchón, igual de frío.

—Va a empezar a llover ¿Será por muchos días como dicen?

Miró hacia el cielo encapotado y su expresión era la de alguien que por su mente circulan imágenes de heridas o granos de pus. Granos violáceos en las afueras y blancos en el centro, granos de una varicela tardía y complicada, una segunda varicela que nunca debió padecer. Me contó más de su trabajo. La noche anterior fue al auditorio una orquesta alemana,

de Dortmund, una ciudad rodeada de castillos y bosques mágicos. Le gustaban las grandes orquestas por sobre los ensambles de cámara o barrocos. Sin embargo, rápidamente desvió el tema, casi como si no pudiera hacerlo de otra forma, como si fuera el camino de menos resistencia, y comenzó a hablar del público que asistía a los conciertos. Veteranos con plata, empresarios, políticos. Todos van ahí y ella duda de si realmente les gusta la música, si la entienden, pero lo cierto es que van, y a veces la miran. La miran y ella piensa que podría cambiar de vida, salir de Santa Helena, llevarse a su hijo con ella. A veces les habla, a veces les devuelve la mirada. Cuando los guía al asiento, generalmente en palcos o en la platea, los toma del brazo y siente como se ponen nerviosos. Como se les eriza la piel al rozarlos con los pechos y les cuenta con el dedo el número de asiento que les corresponde. Los podría dirigir a cualquier lado, a un cuarto, a una cama, a un palco que supiera que estaría vacío, hacer un par de movimientos y listo. No sería muy difícil y podría salir de aquí, dejar de dirigir a estos viejos que van siempre al mismo asiento pero que se hacen los que no saben dónde queda. Les huele el perfume que se pusieron por ella. Perfumes modernos pero erráticos, así como ella también cambió su perfume por uno más antiguo, para traerles buenos recuerdos. Observa como esperan a que esté libre, como calculan todo para que los acomode ella y no sus compañeros. Después, en los intermedios, están las miradas cuando se para adelante, de frente a la platea. Alguna vez se desabrochó un botón de la camisa, lo hizo para que se le viera el soutien, devolviendo las miradas. ¿Te parece muy horrible todo esto? (No sé, ¿Acaso es mi vida mejor que eso? ¿Acaso mis motivos son mejores?) Ese día debimos ser como unas pinturas muy tristes que me enseñaron en la universidad. No recuerdo al artista porque en esos días aprovechaba las clases para recuperar sueño, ya que en las noches debía trabajar y en las mañanas entrenar. Pero lo que sí recuerdo es que lucían muy nostálgicas, de personas y parejas en restaurantes o bares, pinturas en las que parece que si se rasca el óleo caería de detrás de los protagonistas una ola de vergüenzas, como cuando se abre un armario lleno a tope de boyas de madera.

Durante unos días, cuando éramos niños, si abría el armario de mi dormitorio me encontraba con Ana dentro de él.

Fue durante la epidemia de varicela. Tendríamos siete u ocho años, Ana y yo nos enfermamos y no fuimos a la escuela. Ella se mudó a nuestra casa para evitar contagiar a sus hermanos, según el arreglo entre las madres. Durmiendo en mi cuarto, compartiendo programas de dibujos animados de la tarde y cepillándonos los dientes en las noches pasaron esos días en que mi principal tarea fue evitar que cualquiera de los dos nos rascáramos los granitos. En mi caso era fácil, la disciplina innata y la palabra de mi madre sagrada, pero con Ana debía hacer

de policía. Lo cual llevó a muchos juegos donde ella se escondía y yo debía buscarla, muchas veces eligiendo el armario. Pero sobre todo llevó al "pacto", palabra que recién habíamos aprendido su significado, y a la que nosotros le dimos uno propio, como nombre del ritual en que cada uno podría rascarle un granito al otro, sabiendo, o no, que esa única cicatriz quedaría para el resto de nuestras vidas. Yo elegí un granito justo entre los ojos, y ella no se quejó cuando pasé mi uña, con cierta torpeza, pero sin ningún tipo de nerviosismo. Llegado su turno me estremecí cuando puso su mano tibia en mi corazón, el lugar elegido por ella. (Volví para que todo regrese a ser como era antes.) Nunca consideré esos días como algo especial, pero ahora me doy cuenta que fueron los más felices de mi vida, y que, en ese momento, como todo niño, no adiviné que jamás se volverían a repetir.

Cuando años después me fui del pueblo ella estaba embarazada, aunque yo no lo sabía. Nuestros caminos, que en la escuela parecían trenzados, se fueron desviando en el liceo y ya sobre el final no compartíamos nada, mucho menos los inicios de la sexualidad.

No me extrañaría si la fecundación fue parte de aquella noche en que se libró una batalla en el escritorio de mi padre, desordenando todos sus papeles. Un hecho simple en la historia de la rebeldía adolescente, pero luego comprendí que influyó en la vida de todos los habitantes del pueblo. La noche en que me llamó traidor luego de gritarle que me negaba a correr la clasificación a los Juegos en el dobles junto con Carlos. Como estaba planeado, como veníamos entrenando desde hace años. Competiría solo, aunque mi padre me dijo que no tenía posibilidades, que me faltaba mucho para estar a su altura. Pero no quería media clasificación, quería una clasificación entera. Como tuvo él. Golpeó el escritorio y los papeles flotaron con palabras que luego serían tachadas con marcador negro. Salí sin mirar atrás hacia el club dispuesto a utilizar como combustible el deseo de probarles a todos que estaban equivocados.

Tomé el bolso y nada más, sin siquiera ponerme un abrigo. Corrí, quizás determinado a no volver, cortando camino entre los baldíos, siguiendo el sendero de pinocha ya marcado de tantas veces que lo utilicé. Esquivando los árboles a oscuras, aunque no necesitaba verlos. En eso fue que me los crucé. Me calmé un momento y seguí caminando. El bolso colgado iba pegándose en las nalgas en cada paso. Avancé sintiendo la piel de gallina en los brazos, mirando el humo de mi aliento sin saber si se trataba de frío o deseo. Así fue que vi a Ana y Carlos, sin preocupaciones. Siempre Ana y siempre Carlos. Jamás llegué a comprender que no podría separarlos. Estaban en la parada del ómnibus, debajo del techo. Se dieron vuelta al escuchar el ruido en el monte, posiblemente supieron que fui yo, sabían que ese era mi camino. Miraron mi sombra avanzar. Me miraron con lástima, y el humo que salía de sus bocas no era

el mismo que el mío, sino el de cigarrillos, pero detrás estaba el olor de ella: ácido, fermentado, amarillento. La saliva invadió mi boca y por ese instante el deseo fue tapado por la frustración de no poder tenerla. De nunca haberla tenido.

Agaché la cabeza y seguí caminando hacia el club, haciendo como si no los hubiera visto o como si no llegué a reconocerlos. Y en cada remada, esa noche, imaginé que los movimientos de palada y recuperación iban sincronizados con las penetraciones de Carlos, entrando y saliendo del hormonal cuerpo de Ana que nunca pude palpar. Un cuerpo que debió ser muy diferente al que yo conocí en este regreso que estoy contando, un cuerpo que ya era calmo, sin vibraciones como podré contar más adelante. Sentí el contraste de mi pecho caliente con el del aire casi congelado, y me vi muy lejos de ella, como en dos mundos apartes. Ana también fue una causa para intentarlo todo, para intentarlo sin Carlos. Y luego de clasificar el sacrificio hubiera sido justificado, podría dedicarme a cultivar mi relación con ella. Porque lo cierto era que no bastaba yo, nunca fue suficiente. Siendo simplemente yo no podía tenerla, debía avanzar con un escudo de logros delante mío, ser el caballero olímpico. Si no competía en los Juegos jamás lograría que se fijara en mí. Si no me mostraba mejor que el resto del pueblo, si no lograba que mi existencia alcanzara a todos y los sobrepasara. (Volví, para ser alguien diferente.) Esa noche que los crucé en la parada supe que, si no podía clasificar remando solo, si fracasaba, no me quedaba otra opción más que irme de Santa Helena para siempre.

Navegué con la luz amarillenta de la luna reflejándose en el agua y con la compañía de un cisne blanco que vagaba en la zona. Pobre cisne aislado que no sé de dónde salió, qué fue lo que lo generó, pero es evidente que también esa noche sintió el hechizo y fue atraído hacia mi espacio del ser. Navegando junto a mí como la luna, el cuello curvado hacia sí mismo, como si quisiera besar su corazón a través del pecho blanco, en el agua negra del río calmo. Las luces del pueblo, a lo lejos, aparecían ondulantes proyectándose en el humo de las chimeneas. El reflejo de la luna formando el camino directo hacia el cisne. A mi espalda se formó el pasillo que me llevaba al destino de ese ser creado para ser parte mío y también mi rival, y no pude más que dar vuelta la cabeza y apuntar con el bote, con la proa filosa, hacia el pecho inflado del ave. Orientar y guiar el bote hacia el cisne que aceptando su destino de mártir no se movió más que hacia arriba y hacia abajo cuando las ondas de mi movimiento le llegaban cada vez más fuertes. Ejercí mi mayor potencia. En el tironeo con la técnica perfecta generé el impulso que sonó como un trueno, primero las piernas, luego la espalda, terminando con los brazos y las manos al pecho, la mandíbula dura, sin pestañear, a una velocidad que jamás había alcanzado. Una velocidad de medallista, e inconsciente, exhilarante, avancé sin titubear hacia

el ave blanca.

CAPÍTULO CINCO

Esto que escribo son mis memorias, mi historia. Lo menciono nuevamente porque sé que prometí contar sobre lo que le ocurrió al pueblo en mi ausencia, pero al final me desvié hacia la noche en que hice oficial mi plan de correr de forma individual por la clasificación. Es difícil mantenerse en el camino planteado, en la calle iluminada, sin parar a mirar lo que esconden los baldíos a los costados. Atender los llamados que salen de ahí, examinar esos lamentos y risas que como el viento entre los árboles llegan a mí de todos lados, incapaz de discernir un origen común. Pero soy un hombre de palabra, entonces cumpliré lo prometido. Vuelvo a ese día inicial y ferviente, luego de que Carlos corriera la última regata, ya lloviendo de forma decidida. Vuelvo con la Ana de pelo corto y redondez delicada que encontré a la vuelta, la del perfume diferente, la que se cubría de la lluvia en el alero del club y se abrazaba a si misma para contrarrestar el frío. Vuelvo con ella a la salida de la pista, prontos para ir a su casa, según el pacto adulto y juguetón que establecimos.

Caminamos rápido, sin hablar entre nosotros. Tratando de evitar explicaciones internas, con pasos cortos que renegaban la mojadura. Pero al llegar a la plaza con el monumento, que se abrió ante mí entre árboles como una fuente romana rodeada de callejones. Sentí una fascinación infantil, como si hubiera descubierto una hipótesis descartada por la ciencia. No lo pude evitar, a pesar de tratarse de la misma figura de siempre, la que representa la clasificación a los Juegos Olímpicos de mi padre. El único punto que, dentro de la oscuridad, parecía estar iluminado. El verdor del bronce en esa forma de bote perpendicular al piso, con la popa apuntando hacia el cielo, hacia la gloria. El agua corría en gotas gordas por todo su cuerpo,

generando un aura traslúcido que recordaba la base fundacional de este lugar, el pegamento que nos unió forjado en este deporte de resistencia y fuerza. Debajo se encontraba la placa con el nombre de mi padre y de La Cabra, junto con la fecha en que compitió. El orgullo ensamblado en el centro. El punto de todas las festejos, de los actos escolares en fechas patrias, con la bandera flameando sobre el bote. De las ferias de navidad y fin de año en donde las luces de colores colgaban desde la popa a los árboles de la plaza. De la conmemoración propia de Santa Helena, el día en que se celebraba la clasificación, con todas las casas colocando una antorcha encendida al frente y luego se realizaba la caminata, llevándolas a la plaza en donde se izaba, en lugar del pabellón patrio, la bandera olímpica y la del club, demostrando el verdadero nacionalismo, el de la tribu, el cercano, la real identificación. Y cuando las chispas de las fogatas y las antorchas flotaban por el aire, ya entrada la noche, cuando no importaban las estrellas en el cielo porque el cielo estaba en esta plaza, girando y flotando sobre el monumento como una superstición o como magia, con todos los Helenos en la plaza, la medianoche llegaba y los niños formábamos los anillos del símbolo olímpico para deleite de las personas en la pequeña tribuna, cuyo centro era reservado para mi padre y La Cabra, pero el bote era el verdadero centro del mundo. Ya no lo hacen más, contó Ana, con esa facilidad para quitarle importancia al pasado que no se cansaba de mostrarme. (Volví para buscar reconocimiento, porque podía ser lo que Santa Helena necesitaba, que mi cuerpo fuera el monumento.)

Seguimos hasta la casa. Íbamos chocando levemente, rozando los hombros separados por camperas, extendiendo la promesa del placer lo más posible. Aunque no podía dejar de pensar en nosotros dos, y lo que debía ser, en varias oportunidades me exalté con cada perro gigante y negro que se acercó ladrando y mostrando los dientes hasta el borde del enrejado de las casas o desde el centro de algún terreno vacío. También con el eco de las motos a lo lejos, en la costa del río o en el interior del pueblo, quizás tapando el sonido de alguien pateando la puerta de una de las casas vacías.

El cielo encapotado oscurecía el camino. Transitamos por el medio de la calle para evitar los mayores charcos que se estaban formando. Sabía que estábamos cerca. Pude reconocer la casa con rosales al frente, la única casa de dos pisos en Santa Helena, aunque estuviera totalmente cercada. Mi madre ya no podía robarle las flores. Durante todo el camino noté que las casas parecían más protegidas, aunque ya abandonadas. Caminé hasta el borde de la calzada y me paré justo antes de la zanja. Miré las rejas observando los diferentes tipos de punta que predominaban en la cuadra, como lanzas medievales, como mango de paraguas, con

cercos eléctricos, muros con vidrio roto. No me saqué las manos de los bolsillos, aunque las tuviera mojadas.

—Esto era un baldío —dije señalando con un cabezazo,— me acuerdo bien, venía a tu casa atravesando este terreno, por el caminito entre los árboles.

No se lo dije, pero también recordaba el sonido de las chicharras y el olor a eucaliptos. Pero ahora hay más casas, rejas con perros gordos expectantes. Casi todos los pinos desaparecieron. (Volví porque extrañaba caminar por el monte, el sonido de la pinocha al pisarla, porque no soporté el olor a cañería.)

Ana me respondió desde su lugar.

—¿Te acordás que entrábamos y salíamos siempre, de día o de noche, armábamos campamentos con Carlos? Pero eso cambió, ¿sabías? Luego empezaron a dar miedo. Nos juntábamos a tomar en los terrenos, y terminaba en cosas feas. Ya no fue lo mismo. A veces se escuchan voces y discusiones cuando pasás por enfrente a uno. Nunca dejé que Felipe jugara en un baldío. Ahora no se ve nadie, pero siguen estando, lo que dejamos detrás sigue durmiendo ahí.

—¿Se juntaban a tomar?

Ana siempre sacó mejores notas que yo en el liceo, pudo ser lo que quiso. Si ella se hubiese ido seguramente no habría tenido que regresar para enfrentarse a un pueblo que, a pesar de las construcciones nuevas, daba la sensación de estar derrumbado.

Mientras entramos a su casa y saludó a su perro me fue contando del alcoholismo generalizado en el pueblo. Un alcoholismo que como un virus fue contagiando y aislando del mundo a Santa Helena, sin saber cómo contenerlo. Ana participó de esos rituales también, en la pizzería, en el bar ahora cerrado de dos cuadras más abajo, o en los innumerables almacenes chicos que vendiendo desde las ventanas de casas sobrevivían básicamente del consumo del vino barato que abusaban todos los Helenos. Sucedió luego de que me fuera a estudiar, y pasaron unos cuantos años hasta que pudieron salir.

Permanecimos un rato en la cocina, secándonos con una toalla y compartiendo un vaso de agua de la canilla. Su hijo, como siempre después de una carrera, cenaba con sus compañeros

en la pizzería del centro, imagino que hablando de cualquier cosa menos de remo.

Dejé el vaso en la mesada y le tomé las manos. Palpé con mis dedos la figura tatuada en su palma, un niño con los pelos parados y los pómulos resaltando. Felipe. Ella comenzó a hacer fuerza para girarlas. Me sorprendió y la solté.

—Fue idea de tu padre, ¿sabías? Lo de los tatuajes. Él nos salvó.

Su hijo fue la causa que encontró para dejar de tomar, para que cada vez que sintiera el deseo de agarrar con esa mano el vaso con vino o whisky, mirara esa figura, y en el recuerdo, tener la disciplina de dejarlo. Cada uno de los Helenos eligió una persona que les diera la energía para rechazar la liviandad del alcohol, y se lo grabó en la palma, creyendo que era para siempre. Pensé que eso también fue culpa mía, todos esos años de deterioro de Santa Helena a consecuencia de mi fracaso, y pude ver que mis conmemoraciones con vodka, en la distancia, me unieron con un pueblo también hundido en la borrachera. Cuando esos días levantaba el vaso, maldiciendo la tanza que se enganchó en el remo en los últimos metros, en realidad estaba brindando junto con La Cabra, con Carlos, con Dionisio, y también con Ana y todo Santa Helena que como yo fueron incapaz de aceptar las derrotas y dejar de mirar hacia atrás.

Me acerqué para besarla y debimos cerrar los ojos. Nos besamos un instante y separamos las bocas para abrazarnos. Fue demasiado fuerte chocar nuestros labios, nuestras lenguas. Le sequé una lágrima con el pulgar. Ella hizo lo mismo.

Entramos de la mano en el frío de su habitación. Era la de su madre, que ahora ocupaba ella y dejó la suya a Felipe. Nos tiramos a la cama. Me pregunté qué estaría pensando ella. Qué sentimientos recorrían su cuerpo.

Se quitó la camisa y se quedó con el soutiën. Nunca la había visto en ropa interior, ni siquiera en malla.

Se dejó tocar, se dejó acariciar. Que le pasara la mano por la espalda, por las nalgas, por los senos. Toda su piel expuesta para mí, amándola en rojo. Se dejó palpar y yo lo hice para salir de la ilusión, para sentir que era la realidad.

Años, un deseo que duró años, un deseo que forjó mi historia, mis errores. Todo lo que tuvo que pasar para que culminara. Quería abarcarla toda, cubrirla, no dejar parte de su cuerpo sin palpar. Era como si quisiera hacer en unos minutos todo lo que imaginé durante un cuarto de siglo.

Me puse sobre ella. Su torso desnudo sí lo había visto. Lleno de granos, pero no con

soutién. El cuerpo sin cicatrices gracias a nuestros juegos de mano. A cuando la sacaba del escondite en el armario tomada del brazo y la llevaba hasta la cama, la empujaba, me sentaba sobre ella y sentía el peso de mi cuerpo sobre sus caderas. Le sostenía las muñecas con los brazos en cruz, para que no se rascara. Era mucho más fuerte que ella, o ella se dejaba. Y sus gemidos.

De forma que así son sus gemidos, así expresa el deseo, este es el olor detrás del perfume, así muestra su desnudez y abre sus piernas. ¿Cuándo habría sido la última vez que estuvo con Carlos, que le había hecho estos mismos movimientos, que lo había acariciado y aceptado?

Era Ana, pero no era la idea de Ana. Era Ana, pero no era el nombre, no eran las letras escritas y recitadas en el mantra. Era su cuerpo, como el de cualquier otra mujer.

No pudo ser diferente al resto del pueblo, no pudo escapar del destino común. Ella era el pueblo y el pueblo era ella. Pocas cosas quedaban, solo la portátil iluminaba su piel y la almohada, solo las miradas que descubrían con asombro lo que estábamos haciendo.

Era ella, pero era el pueblo. Eran los amigos de la infancia, los vecinos que me odian, los baldíos, el río. Cada vello púbico un árbol de los montes donde jugábamos. Cada estría una calle de balasto con pozos que nunca se taparon. Cada pliegue de su piel el río, aunque lleno con el agua salada de nuestra transpiración. Cada dedo una casa y cada uña una ventana con las chusmas detrás, mirándonos entre las persianas y juzgando que ya era tarde para nosotros, que los príncipes de Santa Helena ya estaban podridos por dentro, y el reino de ellos derrumbado.

No quedaba pureza. No quedaba ingenuidad. Era todo tan imperfecto. No podía aceptar el premio todavía. No debía eyacular. Si eyaculaba, todo terminaría. Si eyaculaba dentro, moriría.

Salí de ella. Mi pene apuntaba al cielo, brillando a causa los fluidos, igual que el bote de bronce. Fue cayendo poco a poco, perdiendo toda su fuerza mítica.

Quisimos seguir, pero ya no pude. Sentado contra el respaldo de la cama y mirando la bombacha gastada que colgaba de la silla de plástico de jardín, oculté la vergüenza y el arrepentimiento de lo que quisimos hacer con la simulada vergüenza de un fracaso sexual. Más que lamentarlo me dio la felicidad de sentir que había recibido un poco de lo que merecía, y que ya me faltaba menos castigo para quedar libre.

—¿Por qué me llamaste?

Ana miraba el reloj colgado de la pared. Lo miraba tan fijo como si quisiera que el segundero comenzara a correr en el sentido contrario, llevando el tiempo atrás. Quizás solo lo miraba pensando que el hijo que tuvo con Carlos podría llegar en cualquier momento.

—No lo sé. ¿Seguís siendo el mismo que cuando te fuiste?

CAPÍTULO SEIS

Dos kilómetros en siete minutos. Eso es una regata. Parece poco tiempo comparado con una carrera de larga distancia, y mucho tiempo para un sprint. Es lo más difícil del remo, esos siete minutos en que se debe mantener la misma intensidad. El cuerpo y la mente se entrelazan por un tiempo que no es ni mucho ni poco, en un deporte que no permite la desconcentración ni por un segundo. Un sprint es tan rápido que es fácil mantenerse enfocado, y las carreras largas perdonan distracciones o compartir la atención por algunos momentos. Pero en el remo eso no está permitido. La falta de concentración, o bajar la tensión del cuerpo significa perder. Siete minutos: es muy difícil mantener el foco durante ese tiempo, así como mantener el cuerpo en su máximo esfuerzo. Pero se puede lograr. Se puede entrenar. En el momento en que me di cuenta de eso es que comencé a dividir mi vida en bloques de siete minutos, sometido a una disciplina tal que todavía puedo recordar alguno de los módulos. De 04:18 a 04:25 levantarme. De 04:25 a 04:32 desayunar. 04:32 a 04:39 hacer caca. 04:39 a 04:46 cepillarme los dientes. 04:46 a 04:53 ir al club. 04:53 a 05:00 cambiarme. 12:03 a 12:10 agitar el batido de proteínas. 18:18 a 18:25 bañarme. 18:32 a 18:39 estudiar. De 20:46 a 20:53 masturbarme. De 20:53 a 21:00 fantasear con Ana antes de intentar dormir (que es diferente a cuando pensaba en ella para masturbarme). Siete minutos para planear las jugadas de ajedrez con La Cabra en las tardes de lluvia intensa. Siete minutos aguantando las picaduras de mosquitos luego de que pasara la lluvia. Siete minutos mirando el reflejo del sol en el monumento los mediodías de verano, o aguantando la respiración bajo el agua del río en las noches de invierno.

Siete minutos fue lo que estuve suplicándole a Carlos para que corriéramos juntos.

Lo miré a los ojos como último recurso, apostando a una piedad que de todas formas nunca creí que tuviera. Fue una estrategia desesperada porque siempre evitamos mirarnos a los ojos desde que ocurrió el incidente en el liceo. Desde el incidente, que ya contaré, hasta ese momento en que dirigí mis ojos hacia los suyos, su mirada solo podía recordarla, o percibirla.

La percibía viéndole la nuca sucia y quemada por el sol en el bote de dobles, y la recordaba siempre que recibía noticias del pueblo mientras vivía en el exterior. Noticias que incluían la mediocridad de Carlos en los campeonatos nacionales. Sin embargo, cada año que pasaba mi alegría ante estas noticias iba disminuyendo. Al principio esperaba con ansias conocer como era incapaz de convertirse en un remero de elite, era lo único positivo en mi vida, lo poco que me daba alegría. Pero al final sus fracasos sólo evocaron la misma tristeza que los míos. Por más separados que estuviéramos, mi destino siempre estuvo atado al de él.

En ese momento en el que, a diferencia de la última vez, era yo quien buscaba su mirada para transmitirle un mensaje, pude ver que sus ojos seguían tal cual los vi cuando era adolescente, a través de los brazos alzados del profesor mientras toda la clase susurraba teorías conspirativas. La directora tomó del brazo a Carlos, quién la siguió sin resistencia, aunque pareciera un gigante al costado de ella.

Pero días antes de ir a su casa a pedirle que compitiéramos juntos, antes de que tuviera que arrodillarme a suplicarle, él estaba en un bote de singles, y yo, sentado junto a Ana en la tribuna, lo miraba humillarse. Había comenzado a llover, pero nadie se movió. La grada se mantuvo llena y el desinterés que precedió las regatas anteriores fue sustituido por una expectación que hizo parar a toda la tribuna cuando llegó el turno de correr de Carlos. Se escuchó la corneta que indicó el comienzo de la regata. Me pasé la manga por la cara para secarla, Ana y los demás parecían tomarlo con más estoicismo. En los tabloncillos de hormigón las huellas secas que dejaron las colas se fueron perdiendo con la lluvia que ya provocaba charcos. Agradecí poder mantener las manos calentitas en el bolsillo, de otra forma estarían moradas por lo blanco de mi piel, al igual que sucedía por la fuerza con la que tomaba los remos, moradas a pesar del sol. También se ponen de ese color con las barras olímpicas para levantar pesas, y más moradas justo cuando intentaba, porque era retado, levantar el mismo peso que Carlos. Los rostros de todos los atletas en el espejo en que yo mismo contemplaba mis dedos y mis cachetes inflados mientras la barra apenas se movía separándose de los

hombros. Nunca fui el más fuerte, ni al que le quedaba mejor la malla. Mis compañeros no eran capaces de entender por qué miraba en la televisión la mayor cantidad de regatas posibles. Creían que me quería lucir frente a La Cabra. Nunca entendieron la relación entre la técnica y los resultados, ni el sacrificio que se requiere.

Acurrucado en la campera me sorprendió la reacción del público al comenzar la regata de los individuales por el campeonato nacional, gritaron el nombre de Carlos y del Club, los cantos que nunca llegué a escuchar cuando era yo el que remaba. Tenía razón Ana, para este pueblo el remo seguía siendo su identidad y su corazón.

A pesar del entusiasmo, la gente sabía lo que sucedería a continuación, lo habían visto muchas veces. Yo también. Siempre fue su estilo desde que corríamos juntos, y nunca se interesó en cambiarlo. Sin ver el comienzo de la carrera igual sabíamos lo que estaba ocurriendo. Carlos arrancaría en punta con grandes explosiones de sus piernas. A los 600 o 700 metros comenzaría a perder sincronía, los remos no saldrían perpendiculares al agua ni se desplazarían paralelos. Comenzaría a utilizar la energía en corregir las pequeñas imperfecciones de la técnica en lugar de impulsar el bote. Con la pérdida de velocidad viene la desconcentración, y con la desconcentración empeora la técnica. Es un ciclo sin fin. Cuando los vimos entrar en la curva, a los 1000 metros más o menos, ya estaba tercero y perdiendo terreno con el más novato del peor club.

De todas formas, la sensación era diferente a cuando miraba una tabla de posiciones o alguien me contaba por teléfono los resultados. Estando en el lugar, presenciando su sufrimiento, hizo darme cuenta que algo seguía alimentándolo, ardiendo dentro de él y que lo ayudaba a soportar estas humillaciones semana tras semana.

Llegó a la meta detrás de todos. Al pasar frente nuestro el público aplaudió y lo animó. Parados gritaron su nombre precedido de un "dale" o un "vamos".

Al terminar no pude resistir mirar a Carlos, con la malla estirada por encima de la cara cubriéndolo y los brazos tensos tras la nuca. La mancha en la malla azul podía ser de transpiración o de baba. Quizás de lágrimas.

Los habitantes de Santa Helena que fueron a ver la regata lloraban junto a él. Aprovechando ese momento como válvula de escape para sacar el vapor de la angustia por la muerte del entrenador, por el redescubrimiento de su continua mediocridad ahora volviendo a surgir en el fondo de la laguna ya seca en la sobriedad. De ver sus esperanzas quebradas como remos de cartón. Me pregunté si en este pueblo, desde que me fui, alguien por un instante pudo ser feliz. Si en algún momento dejaron de llorar.

—¿Y yo qué? ¿Y mi destino? ¿Y todo lo que pude ser?

Cualquiera de los dos pudo haber dicho eso. Quizás lo dijimos al mismo tiempo, quizás nadie lo dijo y solo lo recuerdo porque hace tiempo que me imaginaba diciéndoselo a alguien. Quizás es una pregunta tan recurrente en la mente de todos que ya flota en el aire como partículas de polvo y simplemente hay que recordar la juventud para evocarla, inhalarla, que suba por la nariz al cerebro y quede ahí, entrometiéndose en cada sinapsis. Debí suponer que iba a pasar, anticiparme y preparar alguna respuesta conciliatoria, evitar el choque. Pero solo pude acudir a la súplica.

Lo llamé y convencí de vernos en su casa, al fondo de un terreno grande, una pieza pensada como barbacoa pero devenida en un cuarto de alquiler. Estaba en la penumbra de su pieza de bloques sin revocar, con la luz gris que entraba por los huecos entre los marcos y las paredes, yo parado tapando el televisor y él sentado en el sillón-cama, con su postura disfrazando al atleta. Así fue que busqué sus ojos y seguí su mirada donde fuera que él la dirigiera durante siete minutos en que le expliqué nuestro deber de redimarnos, de correr juntos la carrera que evitamos y darle al pueblo lo que merece, por todo lo que vivió. Que no importaba si hacíamos el ridículo, que lo importante para el pueblo era vernos correr juntos.

Me echó, por supuesto. No le importó que le pidiera disculpas. Creyó que no fueron sinceras, que solo lo hice porque lo necesitaba, con el mismo egoísmo de siempre, o porque era otra trampa que tenía pensada para humillarlo nuevamente. Corrí la cortina gastada tratando de tocarla apenas con la punta de los dedos y salí de la pieza sin cerrar ninguna puerta. Crucé el corredor hasta quedar de frente a la calle, mirando el cielo encapotado reflejarse en los charcos perpetuos, en una zona de la periferia del pueblo, donde los techos son de lata y agujereados, con fachadas cuyos diseños quedaron determinados por el tipo de puertas y ventanas que pudieron conseguir regalados. Con la vista lo más baja posible comencé a caminar hacia mi casa.

Cuando se mantiene la respiración por siete minutos llega un punto en que el cerebro se confunde, piensa que está respirando, pero en realidad está hundido bajo el agua. Quizás si La Cabra hubiera sido capaz de aguantar siete minutos no hubiera necesitado saber nadar, hubiera podido caminar por el fondo del río hasta la orilla, como si lo hiciera por una calle.

Antes de esa visita a su casa, la última vez miré a los ojos a Carlos fue cuando el profesor sacó de su mochila mi billetera, la de dibujitos, con la plata para la merienda.

Sus ojos achinados, bajo las cejas gruesas, me miraron con desprecio y lástima. La misma lástima con la que me miraba desde la pelea, cuando ya no pudimos ser más amigos, ante mi apuro por quitar de las manos del profesor la billetera y abrirla para ver que todo estuviera en su lugar: la plata, los dos boletos capicúas, el trébol de cuatro hojas, y lo más importante, lo que estaba en el bolsillo con cierre, la foto del grupo de la escuela, tomada el último día antes de pasar al liceo, y de la que recorté solo la figura de Ana y la mía, mi moña descendiendo y confundiéndose larga y azul hacia su pelo, ella parada un par de escalones debajo mío. Mis manos, en un engaño de perspectiva, parecen descansar sobre sus hombros.

Lo echaron del liceo y por unas semanas no lo vi. Y a pesar de que fue readmitido, de las charlas por horas en que mi padre nos reunió a La Cabra, Carlos y a mí, a pesar de que en palabras todo se solucionó y seguimos entrenando y compitiendo juntos, cuando volvió a entrenar ya no lo reconocí. Su pelo se había oscurecido y desde ese día nunca perdió la costumbre de irse sin mirar atrás, sin despedirse. Por eso cuando años más tarde, en una práctica, remando, le anuncié que no tenía intención de participar junto a él en dobles para la clasificación a los juegos olímpicos, su ritmo no se alteró, tampoco su nuca sucia y quemada. Simplemente percibí que tenía la misma mirada de esa última vez. No sé por qué se lo anuncié ahí, en el bote, en medio del río. Por un lado, evité que viera mis ojos temerosos, mis labios temblando, pero sobre el bote, pase lo que pase, no hay separación, siempre nos estamos siguiendo de cerca, siempre podré sentir su olor a transpiración.

Muchas veces me pregunté por qué guardaría mi billetera en su mochila. Por qué no tomar la plata y tirarla a la basura si lo que quería era solamente comprarse una merienda. Ya sé que nunca le convidé, que él solo quería alimentarse y yo creía que no lo merecía. Yo quería comer más para ser tan grande como él, ignorando su hambre, porque con mi técnica y su fuerza hubiera estado entre los mejores del mundo sin dudas. Nunca entendí su explicación del hambre como motivo, pero no podía concebir otra razón, no creía que Carlos fuera capaz de intenciones más complejas.

No recuerdo que en nuestra discusión mencionáramos la coincidencia de la fecha de nuestra regata fallida con la del suicidio de La Cabra, pero seguro que no fue necesario. Seguro que todos los días se levantaba y pensaba en ese día. En cómo yo fracasé compitiendo solo y como él, con Dionisio, mi sustituto de último momento, hizo el ridículo perdiendo por más de dos botes de distancia con los argentinos. Lo recordaría en cada mesa que limpiaba en la pizzería con la malla del club debajo de la camisa ante la ausencia de otra ropa interior. Cada vez que utilizaba el remo como garrote para atacar las ratas de su pieza, con la segunda

intención de comerlas. Cada vez que volvía al río en las noches heladas para bañarse y lavar la malla, y cada vez que cruzaba el pueblo en las madrugadas y se internaba en la zona donde vivía, pensando en qué fue lo que cambió, por qué sería que la pobreza cuando niño era diferente.

No me arrepiento de haberle visto los ojos, aunque me hubiera gustado que nuestras miradas fueran diferentes. No me arrepiento, aunque fuera en esa circunstancia, aunque él haya visto en mí la desesperación y yo haya visto el desprecio. Como si en lugar de vernos a nosotros estuviéramos viendo algo que teníamos entre medio, una burbuja de miseria que representaba el pasado a punto de explotar, conteniendo todos los futuros posibles.

Luego de la regata, durante esos minutos que le dio Carlos al pueblo para liberar lo contenido durante todo este tiempo, para unirse en el llanto colectivo que necesitaban y que surgía como un géiser, el llanto que no estuvo en el velatorio de unos días antes porque el pueblo necesitaba llorar a La Cebra en el río, en su casa, imaginé que quizás fue esa su intención al robarme la billetera. Darnos una oportunidad para unirnos nuevamente. Y lo hizo de la forma que podía hacerlo en aquel momento, a través de su nuevo lenguaje, de la violencia y la transgresión. Unirse a mí porque él también extrañaba nuestra relación de la infancia, porque no la recordaba como una época de inocencia estúpida o porque había descubierto que tampoco era feliz en la desobediencia bruta, como luego no fueron felices en la embriaguez.

El mensaje en el teléfono decía que nos encontraríamos en el club la mañana siguiente a las seis para comenzar a entrenar. No sé qué pasó por su cabeza en esos siete minutos desde que salí de su casa y que recibí el mensaje. Nunca se lo pregunté. Debí esforzarme más en entenderlo. Quedará como otro de sus misterios.

CAPÍTULO SIETE

En esos días donde sólo me dediqué a entrenar había un elemento que se repetía siempre: el olor a pasto húmedo y el reflejo de las nubes en los charcos oscuros de las calles.

Escribí una sola frase y sin embargo ya cometí dos errores, uno de ellos a propósito y otro sin querer.

Sin querer fue que, a pesar de adelantar que una sola cosa se repetía, mencioné dos: el olor y el reflejo.

El error a propósito fue comenzar el párrafo diciendo que había una sola cosa que se repetía en esos días, cuando bien sé que eran muchas más. Casi todas, diría. Un listado de ellas llevaría bastante tiempo, de no ser porque, como ocurre con las cosas que ya damos por sentadas en nuestra rutina, me olvidé de la gran mayoría.

Lo que quise decir, de una forma más poética de la que soy capaz, es que en esos días la lluvia fue el denominador común. Siempre estaba lloviendo, o recién terminaba de llover, o estaba por comenzar a llover, o se veían los rayos en el horizonte presagiando el chaparrón. Y esa lluvia traspasó toda la estanquidad de mi ropa clavándose como una tortura en los momentos de quietud, pero también fue una caricia refrescante cuando en el esfuerzo del entrenamiento mi cuerpo hervía afiebrado.

Antes de entrar en calor y que el sonido de mi respiración tapara el golpe de agua contra agua, lo que predominaba era el silencio.

El silencio de las madrugadas en que caminé de la casa hacia el club por calles estrechas. Con el agua corriendo al costado imitando el sentido del río Santa Helena, acompañado de los papeles que viajaban como un crucero fuera de control. Luego de abandonar

a mi padre en su ritual crematorio y a mi madre en sus paseos matutinos, sin saber si el sol no había salido o solo estaba tapado por las nubes, ese era el único momento sin los ruidos sospechosos, sin motos ni perros, sin las risas que surgían de los baldíos.

Todo ese silencio en el momento en que parecía expresarse mejor el débil equilibrio en que vivían los Helenos. Momentos en donde hasta los pájaros se retienen de cantar y las bolsas de basura rotas vuelan libres arremolinándose por los jardines, cada una de esas bolsas elaborando patrones, buscando el rumbo que les permita llegar al río.

Vacilaba mucho en mi recorrido. La lluvia, el querer evitarla, era el motivo para acelerar el paso, pero no podía mantener un ritmo rápido, porque eran mucho más fuertes las razones para ir despacio. No solo para cuidarse de no enterrar los pies en los charcos, sino que en cada tramo del camino reaccionaba con parálisis ante ese rompecabezas demacrado que se armaba en mi memoria al ver las mismas construcciones ahora ya desgastadas y caídas en el desaplomo.

Nada se salvó. Ni siquiera la parada en donde vi a Ana y Carlos en el preámbulo sexual, a la que le quedaban solo la base de hormigón y unos pocos ladrillos negros y con olor a pichí. Como si el ácido la hubiera comido y en esas ruinas se enterraran los secretos de nuestra juventud. Atrás estaban los restos invadidos por los yuyos altos de la casa que albergó el almacén del pueblo. Donde antes, mucho más inocentes, nos juntábamos a repartirnos los caramelos que nos regalaban por cuidar el local, por estar sentados sin hacer ruido y vigilantes de los gatos del barrio que solían prepararse en posición felina para atacar las palomas que comían las migas en el frente. Y delante de esos monumentos a la decadencia me paraba cada vez que pasaba frente a ellos, al ir en las madrugadas y al volver en las noches.

Pero no fueron las edificaciones lo que me preocuparon. A pesar de los nichos para virgencitas sin iconos, y que en sus ventanas rotas podía ver el vacío hambriento que las atacaba. Los que me dejaban estático eran las personas del pueblo, aquellos con las que compartí mi infancia.

¿Por qué creía que todos íbamos a ser famosos, que no había lugar para lo común?

Me crucé con Dionisio, una de las noches caminando, su sonrisa mostró la ausencia de las paletas. Sus ojos oscuros parecían no tener parte blanca. No pude saludarlo, agaché la cabeza y seguí. No podré estar con ellos nuevamente.

Me arrepiento de no hablarle, ¿cómo es tú historia? ¿Me recuerdas? ¿Qué te has tatuado en la palma de la mano ahora que estás bien peinado, con la camisa rota pero limpia, que hasta usas paraguas para no mojarte?

Las preguntas que debí hacerle me atacaron como ellos mismo lo hicieron en el frente

del almacén cuando comenzaron a lanzarse entre Carlos y Dionisio mi vaca. Pasándosela entre ellos mientras yo saltaba sin poder alcanzarla.

Esa tarde que estuve llorando porque debía tirarla junto a todos los otros juguetes para los que ya era grande. Mi madre, con el vestido rojo de verano y los labios pintados no sé por qué, con su mano me acarició y fue como cuando me acariciaba con el peluche de la vaca, tan suave, y supe que no tendría nunca más ninguno de los dos.

Envolví los juguetes en el mantel rojo y los llevé arrastrándolos sin importarme, lo extendí todo y me senté a esperar compradores frente al almacén donde hoy es todo verde y amarillento, con las paredes grafitadas quizás por los mismos Carlos y Dionisio, que vinieron y me quitaron la vaca y se la pasaban unos a otros sin poder alcanzarla.

Y esa vaca voladora era una joya que me defendía en los sueños, sueños en los que flotaba junto a ella y me sentía seguro. Y todo se fue esa tarde en que mi madre me obligó a desprenderme y no me supe defender, solo presencié la lluvia del algodón que la rellenaba. La piel blanca y negra rajándose y las risas de los que hasta hace un verano fueron mis amigos, cuando parecíamos compartir el destino, que llevábamos la misma vida y el mismo rumbo. Sentí el espacio entre nosotros agigantarse como un océano azul y turbulento.

La vaca comía mis pensamientos al dormir. Rumiaba y masticaba todos los sueños para que pudiera dormirme tranquilo. Al irse propició el declive y la encarnizada lucha con el descanso que todavía llevo y que comenzó esa misma noche en que las luces filtradas por la ventana y las sombras que se movían no dejaron que durmiera. El problema con el alcohol es solo una muestra de lo que no entendí de todos ellos. Me fui sin ver para atrás pensando que estarían bien, pero solo siguieron el camino que pudieron. El camino barroso, rodeado de árboles tenebrosos y sin hojas que apenas dejan pasar la luz de la luna, que alojan cuervos y lechuzas que los seguían con la mirada para comerles los botones de las camisas.

Pero ahora, en esta investigación de causas y de puntos de inflexión, cuestiono mi visión como la víctima de toda esa evolución a la violencia que presencié y sufrí sin entenderla. Y es que me es imposible evitar la visión de Carlos peleando con Dionisio. La pelea que se dio a la salida de la escuela, antes de que confabularan para quitarme la vaca. Más bien me llega la imagen de Dionisio levantándose con la túnica sucia y los ojos vidriosos. El alboroto del círculo incitador y la nube de polvo que se elevaba como una bolsa de harina que es tirada contra el cuerpo de una quinceañera. El puñetazo que Carlos le dio en el pómulo lo hizo tambalearse hacia atrás, pasos erráticos hasta apoyar la mano en el piso y terminar por caer del todo. La cara de Carlos de haber probado el placer de la violencia y la adrenalina de lo revoltoso. Quizás

ese fue el momento de mayor distancia entre los dos y el origen en el que dejamos de pertenecer al mismo bote.

No. Golpeo mi cabeza contra la mesa en la que escribo. Fue antes de la pelea. Fue cuando la diferencia de altura y peso no era una división, cuando todavía pasábamos todas las tardes juntos, con él y con Ana, en el monte de la esquina trepando árboles o haciendo pozos. Inventando cobertizos con techos de pinocha, hasta que mi madre gritaba mi nombre desde la casa al caer el sol y yo me iba al calor de la estufa a leña, ignorando donde se iba Carlos. Ahí, en esas tardes previas a la pelea, fue que lo alenté a luchar con Dionisio. En su mente todavía estaba la duda, el rechazo inocente a la violencia. Ana quiso convencerlo de que no lo hiciera, pero en última instancia Carlos me miró a mí. Me dijo, en su última demostración de vulnerabilidad, que sentía miedo y que quizás lo mejor sería no enfrentarlo, pedirle disculpas. No pude ser consciente de las consecuencias, lo alenté y le dije que debía pelear. Lo vi como un juego, como la continuidad de nuestros juegos, la defensa de nuestra amistad. Nada más errado. Pude frenarlo, entender que me lo decía porque quería seguir en estos montes con nuestros juegos de niños, sin embargo, lo llevé a la violencia y nunca más volvió a jugar con nosotros.

Entre las cosas que se repetían todos los días también estaban las charlas en las madrugadas con mi padre. Estaba entusiasmado, comenzó a contactar a otras personas del pueblo y había tomado la cabeza de la organización de la regata por la clasificación. Vos dedícase solo a entrenar, del resto me encargo yo, me dijo.

Él no acostumbraba a desayunar más que un café, así que, mientras yo engullía los huevos revueltos y las tostadas, me fue aclarando, con una energía oscura que sin embargo interpreté como un entusiasmo por haber vuelto para competir por el club, lo que pasó en el pueblo durante mis años de ausencia. Y aunque el tema del que más hablábamos también se repetía, la forma de expresarlo fue cambiando, abstrayéndose, buscando símbolos. Como si mi padre quisiera descubrir una razón oculta y común a todos para explicar el espiral descendente al que concurrió el pueblo, rechazando la idea de una multiplicidad de razones aleatorias.

—El problema de este pueblo de mierda es que está al oeste del río. ¿Vos sabías que en la antigüedad los pueblos estaban al este de los ríos? Siempre, y al oeste hacían los cementerios. El lado del atardecer es el sitio de la muerte.

Puede ser, no lo sé, nunca lo chequeé, lo cierto es que hacía días que el sol estaba

ausente.

CAPÍTULO OCHO

Ana López, Ana López, Ana López, Ana López, Ana López. Así quedó impreso, varias veces repetido, aunque confieso que no lo escribí de esa forma. Me tomé mi tiempo para ir agregando cada nombre y apellido. Escribí uno y salí a caminar por el río. Escribí otro y seguí limpiando los vestuarios con cuidado de no tirar los azulejos flojos. Volví a escribir un nombre y contemplé la marca del agua en la pared. Quiero evitar cualquier tentación, pero, aun así, casi como un experimento, me gustaría que fuese leído de corrido, como cuando lo recitaba. Me intriga saber si en otras personas es capaz de provocar lo mismo que provoca en mí.

Es un nombre simple, común incluso. Incapaz de despertar nada: ni misterio, ni elegancia, ni inteligencia, menos aún sensualidad. Sin embargo, cuando lo repetía una y otra vez, con diferentes ritmos y entonaciones, solo en pensamientos o susurrándolo entre exhalaciones jadeantes, en situaciones de soledad y con los calzoncillos en los muslos, o incluso estando con otras personas, generaba en mí la mayor excitación que cualquier otra imagen o caricia podía lograr. Hablo en pasado porque hace tiempo que no lo pruebo, y no quiero hacerlo. Me esfuerzo todos los días para suprimir esta adicción y convencerme a mí mismo de que ya la superé. Pero durante toda mi vida fue tal el poder de este mantra que podría, como rápida demostración, presentar tres instancias en donde a pesar de los alcances tan diferentes de mi ser, respecto de mí y de ella, me hacía lugar y tiempo para recitarlo, y sentir su poder relajante e iluminador. En uno de esos momentos me sentía liberado por la vergüenza y el sentimiento de perdición. En otro la lejanía geográfica debió superar la emocional y obligarme a dejar de pensar en ella. En el tercer momento elegí la seguridad del mantra incluso sobre la carnalidad más pura con Ana López.

Los lugares en lo que lo recitaba también son variados, en espacio e higiene. Si digo que uno de esos lugares es el dormitorio en la casa de Santa Helena no sería muy sorprendente, como sí lo es el hecho de que lo hacía con la puerta cerrada.

Luego de perder la clasificación a los Juegos, luego de ver a mi padre golpearse la cabeza contra la pared del club tan fuerte como para hacerla retumbar y temblar los techos, luego de que por unos días La Cabra evitó verme a los ojos y los vecinos daban vuelta la cara mientras regaban el jardín y me apuntaban con la manguera como por error, me encerré en mi habitación y tranquilé la puerta por dentro. Jugaba en la cama, como cuando niño, y no tenía tiempo para pesadillas porque apenas dormía. Podía saltar y despegarme del piso, como si en esa regata hubiera quemado el combustible del cohete y ahora no solo estaba más liviano, sino que ya había salido de la tierra y avanzaba en órbita por el vacío. Hacía poco tiempo que habían instalado una computadora con internet en mi cuarto, y en esos días en que no salí, en que recibía la comida de mi madre y cerraba la puerta inmediatamente, en los que no contestaba a los golpes y gritos rotundos de mi padre, fue que me dediqué a la tarea en que más me enfoqué posiblemente en mi vida: el escape del pueblo.

No necesité internet para masturbarme, para eso alcanzaba solo con la recitación. Utilicé la conexión para enviar las cartas en las que invoqué a mi padre y a La Cabra. Cartas que escribí a un puñado de universidades de elite en Estados Unidos, sabiendo que si quería irme debía estar seguro de tener una beca completa. Conocía, por las historias que nos contó, cuáles fueron las universidades que invitaron a La Cabra a enseñar sus técnicas, como disertador o como entrenador invitado, y pude rastrear las universidades en las que mi padre compitió durante su gira de preparación previa a los Juegos Olímpicos. Invoqué sus nombres y algo más. Falsifiqué las cartas de recomendación.

Unas semanas después volví a ir al liceo en los últimos días de clase. Las compañeras vestían menos ropa y más ajustada, excepto Ana que llevaba ropa holgada, aunque no lo entendí en ese momento. Es la época del liceo donde las bromas se vuelven más ruidosas y los profesores se resignan o se hacen cómplices. Para variar, y porque ya no iba más al club, utilizaba bicicleta como transporte y pude ver una cara diferente del pueblo, la de las calles de balasto en lugar de los caminos entre montes. Por esos días también comenzaron a amontonarse las latas de cerveza y las cajas de vino en las cunetas, aunque solo era el comienzo y no se comparaban con los cardúmenes que más adelante se formarían. Llegaron las primeras cartas de respuesta, cartas escritas que el cartero dejaba atadas al portón de la casa, lo que hizo que todo el pueblo viera los sellos en los sobre y se enterara de lo que estaba buscando. Mi madre

también se enteró ahí, no le había dicho nada, y dejó de hablarme. Las respuestas fueron todas rechazos. Con excusas que siempre rondaban los mismos temas: por ya tener completos los cupos de becas deportivas, por la falta de equivalencia aparente entre el sistema educativo de aquí con el de allá o porque no tenía el perfil que buscaban.

Pero un día, mientras recitaba el mantra una tarde en la ducha, mi madre recibió la carta con la aceptación de la universidad situada sobre el Río Charles, y se desmayó. Entendió que no dormiría más en mi cuarto, que no iba a saber todos mis movimientos, la rutina, que no podría estar más bajo su mantel, bajo su vestido.

En mis años de ausencia, cuando su enfermedad empeoró, en parte a causa de mi huida (aunque no me fui por ella, no pude haberme ido por ella, no pude ser tan cobarde) fue cuando comenzó a pasear por el pueblo. Salía a cada momento olvidándose de cocinar o dejando la comida a medio hacer, con el fuego prendido y las ollas quemándose. El incendio salvado por el vecindario chusma que detrás de las cortinas y las persianas siempre con dos dedos bajando una de las aletas miraba en nuestra dirección, porque los rumores sobre mi padre ya eran fuertes, pero además por ser el segundo deporte más reverenciado en Santa Helena. Las chusmas estaban siempre mirando y agradezco que así sea, ya que evitaron varios incendios en casa mientras mi madre hacía siempre el mismo recorrido. Absorta y simpática, con el palo en la mano para asustar perros caminaba todavía derecha, todavía flaca y joven, todavía con el vestido rojo algunas veces, por las calles aún cercadas por montes en los terrenos baldíos, calles de balasto angostas, con crecimientos de pasto y ella con su pisada suave. En su recorrido paraba en dos sitios siempre, en el monumento y en el río. En ambos me imagino maldiciendo en silencio, con su lenguaje silencioso, el lenguaje de madre. Maldiciendo triste y preocupada, pensando en lo que ella me falló y en lo que yo no soy como hijo, en cómo no fui el que ella quería.

No le contaba la verdad en las charlas por teléfono. Así como ella me decía que estaba bien y yo sabía que no era así, yo le mostré una realidad para que no se preocupara tanto. Una realidad lejos de la que viví, luego de que al finalizar el primer semestre me recortaran a la mitad la beca por deportes, y al no tener la plata suficiente para vivir en el campus debiera alquilar una habitación encima del restaurante chino, abierto las veinticuatro horas, y que parecía congrega a todos los latinos de Boston. No le conté de las recorridas por los pasillos de la universidad solo acompañado por el sonido del sistema de ventilación, arrastrando el carrito con los implementos de limpieza. Fregando los baños, escondido tras el tapabocas pasando franelas en inodoros salpicados de caca, deseando trabajar de mozo, sin saberlo,

deseando ser Carlos.

Para el segundo año perdí la beca del todo. Estaba en algún punto del contrato, lo sé, lo leí cuando fui a firmar, pero ya no podía echarme atrás. Decía que para mantener la beca debía estar, al final de cada año, entre los veinte mejores remeros universitarios del país. Estaba a mi alcance, lo hubiera logrado, si me hubieran dado botes nuevos y remos sanos, si hubiera visto peces en el río como en Santa Helena y llevado los colores olímpicos en el pecho. Si me hubiera entrenado La Cabra.

No sé qué tipo de sueños tenían mis compañeros de equipo, pero no incluían a los Juegos. No parecía interesarles ni ser siquiera una posibilidad. Nunca pude comprender qué alcance tenía su vocabulario, ni a dónde pretendían llegar con eso. La cantidad de términos para referirse al fracaso, para humillar al que no pertenecía a su grupo era interminable. Todas palabras nuevas que solo buscaban la degradación del que no los seguía e idolatraba, del que no les festejaba sus juegos macabros.

Huyendo de ellos una tarde de invierno caminé pisando en chancletas las baldosas impecables de la ciudad, cuando cansado de las goteras en el apartamento en que vivía decidí usar las monedas juntadas de detrás de los inodoros para tomar un café en una cafetería. Me senté junto a una ventana para leer con luz natural el libro de química. Ni siquiera pude recibir el pedido cuando los vi venir por la calle, los tres remeros mayores. Saltando uno encima del otro como jugando pero de reojo mirándose en el reflejo de las vitrinas, altos y anchos como supongo que Carlos lo sería a esa edad, pero rubios. Tal era mi aborrecimiento hacia ellos que decidí esconderme debajo de la mesa antes que sufrir su lenguaje, su vocabulario tan bruto como sus toqueteos y risas. Me escondí con la intención de estar sólo unos minutos hasta que pasaran, pero permanecí enganchado en el fragmento sobre combustión y liberación de energía que estaba leyendo, cuando se asomó debajo de mi mantel Rosalinda, con su pelo morocho y ojos casi rasgados, cara chata y sonriente. Me trajo el café y me preguntó si necesitaba más luz ahí debajo para poder leer mejor. Me lo preguntó en español y entendí cada una de sus palabras, tan transparentes, como un lago calmo en que los sedimentos fueron a parar al fondo. Pude entender su bondad a pesar del acento salvadoreño y sus dientes amarillos.

Rosalinda fue mi novia. Limpió mi apartamento porque decía que ya limpiaba mucho en la universidad. En las noches me visitaba con comida, siempre a base de harina de maíz. Masajeó mis piernas cuando apenas podía doblarlas. Todos los meses me regaló una artesanía que conseguía en no sé cuál mercado, a pesar de su escaso sueldo. Con palabras de aliento me animó a continuar estudiando y remando. Me abrazó cuando, llorando frente a ella, le confesé

que mi carrera estaba casi terminada debido a que perdía peso constantemente al no poder alimentarme como correspondía.

A esa novia no respeté. La recibí con las peores ropas, la destrataba en sus sentimientos, en su forma de pensar, en su poca cultura, pero sobre todo nunca abandoné mi mantra. Lo recitaba en mi mente para excitarme cuando nos besábamos. Lo susurré un par de veces mientras teníamos relaciones y ella pretendió que no me escuchó, o no le importó. Con el paso del tiempo se volvió costumbre, yo encima y Rosalinda sobre las sábanas gastadas transparentando el colchón. Comencé a decirlo en voz alta, a gritarlo, a pedirle a ella que lo dijera, a decirlo a coro, a alternar uno el nombre y el otro el apellido. No permití otras palabras más que esas, desde el comienzo hasta la eyaculación. Y ella lo hizo sin resistencia, sin preguntas, como si ese conjuro, que a veces era súplica y a veces invocación, no se tratara del nombre de otra mujer, de una mujer lejana en el espacio, pero inserta en lo más profundo de mi lujuria. Aun así, siempre me sonrió con esos dientes amarillos y terminaba abrazándome después de tener relaciones en las que sabía que no era ella la que estuvo ahí para mí, sino que fue solo un cuerpo para el depósito de mi otro deseo.

Gracias por todo Rosalinda, le dije, y cambié de océano. Ni bien recibí el título de químico tomé un avión hacia San Francisco y nunca más la vi o le hablé.

A esa altura, cuando llamaba a casa, mi madre ya era incapaz de mantener una conversación.

CAPÍTULO NUEVE

Debo terminar con lo que comencé. Sé que me faltó desarrollar la última de las tres situaciones que planteé anteriormente en donde recité el mantra, la más cercana en el tiempo, la que se dio luego de mi regreso.

¿Cómo pudo un atleta olímpico salir de este club? ¿Cómo pudo el Santa Helena Rowing Club obtener el reconocimiento, los títulos nacionales y continentales, el prestigio? ¿Cómo llegó a ser la definición del pueblo?

Eso rondaba en mi cabeza las incontables horas en que daba vueltas en la cama tratando de dormir las noches de preparación para la competencia. Pensando en los aparatos escasos y viejos, en los botes pesados, en las duchas rotas, en las paredes escritas, en la actitud de Carlos, en lo incontrolable de la adolescencia. Los milagros de La Cabra son cada vez mayores.

¿Qué sentido tenía si no me hablaba, si los entrenamientos en silencio se ahuecaban en los vestuarios y se perdían entre los otros ruidos? ¿Si mis indicaciones eran ignoradas y nuestros tiempos muy lejanos a los necesarios? ¿Si todas las mañanas debía esperar con los pies en el barro y bajo la lluvia a que él llegara una hora tarde al entrenamiento con su aliento a ayuno, ojeroso, en la bici sin guardabarros, con la campera sucia en la espalda, con la única llave del club colgando de su cuello atada a una cuerda?

El bote sufría, avanzando pesado y lento, casi hundiéndose. En estos años su remada se volvió más desviada, más inquieta y corta, la mía grandiosa, amplia y abarcativa. Pero dudaban, ambas eran inseguras de llevarnos donde queríamos. Esas remadas eran tan diferentes como nuestros pelos, como nuestros dientes, como todo lo que se percibía de nosotros.

Además, estaban los enanos salvajes que pululaban. Salían de debajo de las baldosas

como ahora salen los yuyos en este club abandonado.

Y es que en los últimos años La Cabra fue más que el entrenador, fue el administrador, limpiador, cocinero. Y en su obsesión diseñó el último plan para tratar de encontrar un atleta digno de ser entrenado para clasificar. Un plan que sufrí en esos días en que fui y era arrinconado por grupo de atletas de entre doce y quince años que en las tardes merodeaban el club.

Eran los Hijos del Alcoholismo. Los que dormían en los mismos baldíos en que fueron concebidos resultado de las orgías bajo los árboles y entre la pinocha en que los Helenos alcohólicos se derrumbaban. Hijos sin padres reconocidos ni madres que se hicieran responsables, fuente de suposiciones permanentes y cambiantes a medida que crecían y sus rasgos parecían más a uno u otro.

Pero La Cabra vio algo. Vio que a veces los niños los imitaban cuando jugaban en el río en verano. Eso le hizo creer que podría atraerlos.

Se convenció de que la fuerza mítica del pueblo estaba en ellos. De que esos muchachos tendrían los genes mezclados de las personas pero que eran los hijos puros de Santa Helena, hijos no de personas, sino de la mítica, del monumento en el centro. Es la fuerza que surgió de los montes. Esos pequeños curiosos, que los veían entrenar, que crecieron de casa en casa, que compartieron los padres borrachos que no los controlaban. Que sentían atracción por el río, sin miedo y que los imitaban remando sobre latas o botes inflables robados. Tenían eso que se perdió en nosotros. A estos hijos del pueblo La Cabra los adoptó y cuidó. La vestimenta, los vaqueros, las camperas, estaban gastadas, se conseguían con donaciones. Pero al principio fue muy difícil que vistieran con las mallas, les daba vergüenza, que por costumbre ocultaban con violencia.

Varias veces destruyeron todo y saquearon el club. La Cabra fue muy tenaz en eso, tenía una visión, de que el potencial estaba en ellos. Los dejaba arreglar sus problemas, no los quería parar, debemos dejar que se las arreglen, que peleen en los botes hasta la extenuación, decía.

Creyó que los entendía, que no eran tan diferentes a la infinidad de jóvenes que había entrenado. Que solo debía lograr que canalizaran la energía que absorbían de los baldíos, que eran sus padres. Les permitió y los incentivó a pelear. Se volvió un club de pelea más que de remo. Los aparatos y los botes estaban manchados de sangre. Solo Felipe y Carlos siguieron de los que no eran hijos irreconocidos, pero a Carlos no lo molestaban, tampoco a Felipe, por ser su hijo.

Nunca lo pudo conseguir. Su último plan se descontroló en el fracaso.

Adolescentes que actuaban como uno siendo muchos. Cuya fuerza radica en la acumulación, en aislar a las víctimas y superarlas en número. Cuando trataba de ajustar las estrategias de los entrenamientos en la computadora venían por detrás y me apretaban la palma contra el teclado o pasaban y haciéndose los distraídos pateaban el cable de la computadora. Se reían a mis espaldas, se burlaban de mi puntualidad. Siempre ocupando los vestuarios, tirando el jabón o el shampoo por encima de mi cabeza. Siempre mirándose al espejo en la sala de musculación, pero muy pocas veces en el agua, donde se burlaban de mí riéndose y con la foto de la cabra y mi padre que a modo de estampita usaban para persignarse antes de subirse al bote, pero que luego de ese gesto se la colocaban debajo de la malla, en la zona de los genitales y se la frotaban, mirándome, siempre de a muchos y riendo exageradamente. Apenas soy capaz de imaginar por lo que pasó La Cabra esos últimos años.

Vivía con el dolor físico, pero no soportaba el dolor de cabeza, el dolor psicológico de la descendencia del pueblo que me impedía dormir. Para cuando debía remar ya estaba sin fuerzas.

Luego de entrenar, en lugar de ir con Ana, que me estaría esperando para cenar juntos, llegaba a casa y pasaba al garaje. Entrando de costado, en el espacio entre el auto y los estantes con latas de pintura, algunas nunca abiertas, otras con trapos viejos y las menos conteniendo una colección de tornillos oxidados.

No recordaba tan angosto el pasaje, y aunque en mi regreso todo me parecía más chico, en este caso también la falta de sueño estrechaba todo, como si una hiper sensibilidad hiciera que las cosas me rozaran, que me moviera a través de un túnel cada vez más angosto.

Mi intención, tan clara y focalizada como solo el pinball onanista que me impulsaba puede hacerlo, era entrar al garaje, evitar expresamente mirar los estantes del fondo, donde en cajas húmedas están todos los elementos de mi niñez, meterme en el viejo Chevette marrón claro, colocarme el pantalón en los muslos y comenzar a recitar el mantra que traería la paz mundial y disolvería todas las malas decisiones de mi vida.

La primera vez que lo hice, necesitado de algo con lo que limpiarme, saqué el brazo por la ventanilla y me estiré lo suficiente para llegar al estante más alto, donde en la penumbra vi una caja de calzado semi abierta y un pedazo de tela verde que asomaba. Tiré de la tela y toda la prenda cayó junto con la caja. Me limpié pensando si debería avisarle a Ana que no podría ir, si debía decirle alguna excusa. Ese día le dije que tenía que ayudar a mis padres a arreglar una pérdida en la cisterna. Y todo me pareció inútil. La tela verde con la que me limpié, luego

de una rápida inspección, resultó ser el saco militar de mi padre. El saco que relucía como retocado por Photoshop en fotos viejas, que parecía siempre brillar a pesar de no haber sol y que nunca más utilizó después de mi niñez. Estaba limpio y mantenía las marcas de los dobleces de tantos años guardado, las iniciales bordadas dentro del cuello sin síntomas de desgaste, pero en lugar de las insignias estaban los restos de las costuras arrancadas y el verde más oscuro que delineaban las siluetas. Todas las condecoraciones, las estrellas, todos los rangos fueron quitados. Sólo la simple señal de teniente indicaba el último puesto que mantuvo mi padre en el ejército. Así me enteré de que había sido degradado años atrás. Ahora también se las razones, qué sentimiento engeguenció su visión de tal forma que lo dirigió por un túnel tan estrecho que ni su dignidad pudo atravesar, y que lo llevó directo a la humillación profesional. Sin embargo, no es este el momento de contarlo, ya lo haré más adelante.

Bajé la caja para volver a poner el saco. Como en todas las cajas con pertenencias suyas estaba la firma, estampada con la tinta color negro lava, que según él no había nadie más que utilizara ese color. La firma que tanto había trabajado para que demostrara el poder y la autoridad, el orgullo y la masculinidad. En las curvas, en las rectas, en los puntos y las líneas continuas que según él también contaban su historia, en subida, eran sus orígenes humildes en el pueblo, era el pico de los juegos olímpicos, eran los continuos ascensos militares, era el haber conocido a mi madre, y era mi nacimiento, todo en subida según él. Toda la superación personal de un ganador. No se distinguía su nombre, no era necesario, lo que estaba plasmado era su persona, su ser, sus logros.

Siempre que recité el mantra en el Chevette utilicé el saco para limpiarme.

Luego del primer entrenamiento, cuando nos pesamos y medimos, comencé a llevarle una vianda con carne a Carlos y obligarlo a almorzar juntos. A sentarnos en la tierra del galpón, rodeado de los botes en desuso y los carritos herrumbrados con ruedas desinfladas, y comer. Debía asegurarme que al menos una vez al día se alimentara bien. Los primeros días fue todo en silencio, pero durante un almuerzo, luego de que un trueno retumbara en las chapas de las paredes, me habló:

—¿Qué es esta obsesión con los Juegos? Nunca la voy a entender. Los que fueron se mueren por volver, los que nunca fueron se mueren por llegar. —Tomó una pata de pollo del

tupper, la levantó como para examinarla, mierda, si me parecía un remo en miniatura— ¿Por eso La Cabra se tatuó los aros en la palma? ¿Por eso se dejó humillar y destrozar el club que tanto quería? ¿Por eso se mató? ¿Es tan grande esto que hace que un viejo que simplemente podría dejarse morir se suicide? —Le dio una mordida a la pata, los labios y el bigote le quedaron brillosos por la grasa, los ojos también.— ¿Te acordás que tocaba la guitarra? ¿Que nos tocaba el día antes de una regata? Nunca supe que canción era, hablaba de defender el lugar del que somos, de una lluvia negra, ¿te acordás? Desde que se cortó los dedos no pudo tocar más. Fui un par de veces a su casa y la tenía en una esquina, llena de polvo, con algunas cuerdas reventadas —hizo gran esfuerzo para tragar lo que había mordido. Tiró la pata al tupper, con desprecio, y se paró, caminó hacia el portón del galpón que habíamos dejado abierto. A través de la lluvia miró el río, como espiándolo, sospechando más bien.— Fue un buen tipo, lo extraño, ¿sabés? Unos días antes de morir, yo no lo vi, me contaron, pocos días, dos o tres, de noche, antes de que empezara esta lluvia, fue hasta la plaza y atacó el monumento con la guitarra, lo golpeó y golpeó hasta destrozar la guitarra —se llevó la mano dentro de la boca e hizo un movimiento de búsqueda, luego escupió fuera del galpón algún cartílago o pedazo de hueso.— Voy a correr contigo, ¿sabés? Pero sin La Cabra solo vamos a hacer el ridículo.

De vez en cuando trataba de levantarme el ánimo imaginando al pueblo soleado. Por más que buscara, siempre volvía al mismo recuerdo, esa mañana de primavera en la que acompañé a La Cabra a su casa. Era una mañana donde a pesar de la brisa fresca el sol calentaba anunciando el calor venidero. Las cotorras cantaban en los eucaliptos, altos, y el aire liviano incitaba a respirar profundo, a estar contento sólo por poder caminar en un pueblo chico, con calles angostas y árboles que impenetrables se paraban recibiendo a los visitantes como retándolos, diciendo: mirá que unidos y que fuertes somos. Lo acompañé del club a su casa llevando un par de remos que estaban rotos en la pala. La Cabra me dijo que tenía en su casa un pegamento que los podría dejar casi como nuevos, por lo menos para los entrenamientos de los juveniles, con los que yo debía entrenar por edad, aunque hacía ya unos años que lo hacía con el equipo principal. Caminamos lento y sin hablar hasta que La Cabra se paró como anclado, como uno más de los árboles. Apoyó el remo como si fuera un bastón o un cayado y mirando las hojas verdes moverse en la copa de los árboles, en ese movimiento en que parecen que cambian de color, me dijo, aquel día que solo debo cerrar los ojos para recordarlo:

—Escuchame, algún día, estoy seguro, algún día vas a clasificar a los Juegos. Como tu padre.

Yo, que también había adoptado el remo como bastón, bajé la mirada al piso y le contesté, tan consciente del tono infantil de mi voz que me dio vergüenza:

—Señor, no diga pavadas.

No tenía sentido, solo no iba a lograrlo.

En esos almuerzos con Carlos debí demostrarle que nuestras vidas no fueron tan diferentes, él tuvo a Ana, yo tuve una educación, poco más nos diferenciaba.

Los primeros días, en los cuales los dolores musculares eran tapados por el dolor de cabeza y el resfrío adquirido por la lluvia que no paraba, fui testigo invisible de los acercamientos de Carlos a Felipe. Del desinterés de Felipe. De su indiferencia hacia su padre y el cambio en la expresión de la cara de Carlos. La sonrisa sostenida con la mayor de las fuerzas para no expresar la tristeza de su fracaso.

Carlos tenía tatuado a Felipe en la palma, el mismo tatuaje que Ana. Ya alejado de ella era en el club el único lugar que lo veía, que se acercaba a él con la malla gastada, los dos de malla, y le hablaba, como compañero, como remeros, nunca como padre. No dejaría de remar mientras Felipe fuera al club, pero sabía que eso sucedería en poco tiempo, cuando termine el liceo, y que a partir de ese momento no lo vería nunca más.

Uno de esos días en que Felipe se alejó de Carlos sin mirarlo, dándole la espalda y dejándolo con la palabra en la boca, me acerqué y me puse al costado de él, rozando mi hombro con el suyo, compartiendo la visión del alejamiento de Felipe.

—Es tu última oportunidad de demostrarle lo que valés.

(Te necesito, necesito que uses a tu hijo, que tomes de él las fuerzas, no solo para la sobriedad, sino también para ayudarme a clasificar.)

Desde ese momento los retrasos en las mañanas se terminaron y los Hijos del Alcoholismo dejaron de molestarme. Se podía entrenar tranquilo, se podía vivir en el dolor sólo físico, sentirse vivo nuevamente. Reírnos de nuestros errores y trabajar para mejorarlos. Aunque las recitaciones del mantra y la falta de sueño continuaron.

Cuatro semanas de entrenamiento. Eso era lo que teníamos para ponernos al nivel de los mejores remeros sudamericanos. Pero como le dije a Carlos en un almuerzo, cuando

seguíamos el ritual de sentarnos bajo las chapas del galpón sintiendo el sonido de la lluvia y con la tierra del piso flotando entre nosotros, cuando solo yo hablaba porque él siempre estaba masticando y tragando de los dos, tres, cuatro tupperts que le llevaba:

—Al fin y al cabo, los mejores remeros del mundo tienen nuestra edad.

CAPÍTULO DIEZ

Tirado bajo los árboles. Así me quedaré hasta que muera o que terminen los días. Volvía del club la tarde en que comenzó a despejarse el cielo y se pudo intuir el sol en el atardecer. Una luminosidad mayor que iluminó las hojas de los eucaliptus, con las pintitas amarillas y las gotas de agua todavía colgadas de las puntas y tirando hacia abajo. El sonido poluto de un par de motos sin caño de escape se escuchó a varias cuadras. Decidí saltar la cuneta y enterrarme lo más posible en el barro para no poder salir. No logré tanto, pero quedé sentado contra un tronco. Cada ráfaga de viento provocaba la caída del agua a mi alrededor. Pasó mi madre por la calle. Un poco encorvada, con el cuello estirado hacia delante, el pantalón le quedaba grande y lo iba pisando con el talón. La saludé con la mano, me vio, pero no respondió. Game over. Los avances con Carlos fueron notorios, pero nunca tendríamos oportunidad. Estábamos muy lejos de los tiempos de clasificación y no era realista creer que podíamos mejorar lo suficiente. Solo quedaba correr para que Santa Helena nos viera y disfrutara, aunque sea insultándonos, al vernos llegar últimos. Esa tarde, mientras llevábamos el bote al galpón, le dije a Carlos que después de la regata él debería tomar el puesto de entrenador en el club. Con tantos años escuchando a La Cabra algo le habrá quedado. Sonrió y me dijo que sí, que ya lo tenía pensado. Me preguntó qué haría yo, y le dije que todavía no lo sabía. Solo quería quedarme debajo del árbol, y, por primera vez, sentí el alivio de no estar escapando.

Tomé el teléfono para revisar el correo. Hacía días que no lo hacía. Semanas. Repasé por arriba la inmensidad de correo basura sobre temas que en algún momento me interesaron, aunque no podía recordar por qué. Abrí el mensaje de la fuerza naval de Estados Unidos y había perdido tanto la costumbre que me costó entender el inglés. Me levanté, debí sostenerme

de una rama del árbol por el mareo al pararme de golpe. El agua cayó sobre el teléfono. Salí corriendo dejando un rastro de barro por la calle.

Llegué a casa y fui directo a bañarme. Al salir, entre las nubes de vapor apoyé los brazos en el granito del lavadero. Me sentí incómodo en el equipo deportivo del club, apretado, reducido. El cuello gastado de hace veinte años me irritaba la garganta, pasé la mano por donde debía estar el escudo pegado, el escudo que quité de un tirón y arrojé en la cara de mi padre, y del que solo quedaba la silueta blanquecina del pegamento.

Acerqué la cara hacia el espejo hasta ya no reconocirme, hasta el punto que nunca había llegado. No me puedo describir ni adjetivar, ¿mi nariz es grande? ¿Mis ojos saltones? No puedo poner en referencia mis rasgos, ni determinar algún grado de belleza. Siempre han dicho que soy muy parecido a mi padre, pero no logro darme cuenta de eso. Ni siquiera cuando veo las fotos de él en su juventud, ni siquiera cuando en esas fotos está sobre un bote, remando.

Entonces, me volví a preguntar qué sabiduría hay dentro nuestro para vivir solo del instinto. Si alguna vez sería diferente. Si podría tener la madurez para tomar las decisiones de forma segura, como parece tan natural en él, en el que me esperaba para decirme las verdades encaminadas de su larga vida. Al igual que lo hizo la vez anterior, en que había entrado a su oficina para mi primera renuncia y al verme tomó los papeles que tenía desparramados en su escritorio, los que ordenó golpeándolos contra la mesa y los dejó sobre un costado, ignorante de que unos momentos después estarían flotando en el aire. El que con seguridad había abierto el primer cajón de su izquierda y, sin mirar lo que hay dentro, sino que con sus ojos fijos en mí y con la sonrisa de quien ve venir al heredero, sacó la tarjeta de acreditación de atleta olímpico, especial para mi postración, pero lo hizo como si fuera un error, seguido de un pequeño gesto de equivocación, de sorpresa por su casual torpeza y luego volvió a meter la mano en el cajón para sacar el grabador que siempre usó en sus reuniones. Grabarse y volverse a escuchar una y otra vez, regocijándose en sus aseveraciones y fieles discursos a la sabiduría de la madurez. Había comenzado, como siempre, preguntándome si esto es todo lo que tengo para dar, si no hay más dentro de mí.

Esta segunda vez entré en su oficina y no estaba sentado, sino parado. Mirando por la ventana el tacho de basura tirado con las bolsas rotas y la mugre esparcida. Un perro metía el hocico en lo que parecía una caja de pizza. Lo miraba fijo con las manos en la espalda, sosteniendo una franela amarilla. Me quedé parado esperando su movimiento.

—Es solo cuestión de tiempo para que se pierda este equilibrio.

Se sentó en su escritorio, pero no sacó ni la grabadora ni la acreditación. Me acerqué a la ventana como tratando de demostrar que podía tomar su lugar.

—Me voy. Me ofrecieron un trabajo. Quieren probar en un buque de guerra el compuesto combustible que creé. Pero tengo que presentarme en dos días. Recién veo el correo. El bote zarpa y no me esperarían si no llego. Me tengo que ir. ¿Podrás prestarme plata para el pasaje?

Hay algo que está mal, todas las decisiones parecen nuevas. No puedo recurrir a ninguna experiencia anterior ni basarme en principios inamovibles. Son tantas las derrotas que debemos construir nuestra confianza en sueños muertos.

Dejó la franela y tomó su bastón. Se paró con un poco de dificultad y caminó hacia mí con las piernas curvadas. Siguió de largo saliendo de la oficina, hacia el patio del fondo de la casa, donde está el horno que mantiene encendido de forma perpetua, según él por temas de eficiencia energética, pero yo solo veo sus continuas alusiones nostálgicas a los Juegos Olímpicos.

Prendió un cigarrillo con el fuego del horno y sopló hacia arriba, dejé de verlo por un instante, y por alguna razón creí que cuando se abriera el humo su cara sería más joven, y la mía también. No pasó, lo que sí sucedió es que comenzó a hablar como un mago que en su vocabulario abarca todo el universo, como si lo escondiera entre ropas viejas con olor a río y ahora quisiera desempolvarlo.

—Los tatuajes de las palmas. En poco tiempo estarán todos borrados. Y los jóvenes que La Cabra mantuvo a raya en el club para protegernos, saldrán a la calle otra vez. Volveremos a ser la misma mierda que antes.

La voz ronca, carraspeante. Sacó una navaja de su bolsillo, la abrió y se acercó a mí, me la mostró, como si quisiera que vea los detalles del mango, del escudo militar. No sentí miedo, o sí, posiblemente sí. Tomó una de sus autobiografías que tenía debajo del horno y comenzó a cortar las hojas con la navaja, las cortaba y tiraba al fuego, una por una.

—El remo debe ser el único deporte en donde no se ve el destino, la meta, sino que vas

viendo lo que se deja atrás. No debes perseguir a nadie, sino escapar de los que te vienen siguiendo. La motivación está detrás. No importa que te cuelguen una zanahoria o que larguen una liebre por delante, siempre se trata de la mierda que vamos dejando detrás, viendo el rastro de todos nuestros errores, las ondas que se expanden y en las que se pueden leer lo mal que lo hicimos.

¿De dónde venía esta grandilocuencia estoica? ¿Cuándo aprendió a tapar la ira, o es que ya esperaba mi renuncia? ¿Por qué esta voz tronadora y paternal?

Dejó el libro y la navaja. Sin mirarme se alejó unos pasos y se colocó junto al matorral de helechos. Se desabotonó el pantalón y comenzó a orinar. El ruido era burbujeante, efervescente, y el aroma a cloro mezclado con las hierbas llegó rápidamente a mí. Hizo un pequeño movimiento de balanceo con los pies. Sus hombros caídos ya denotaban la joroba que le estaba creciendo, propia de esos músculos gigantes que ahora estaban atrofiados. El pelo blanco que iba desapareciendo hacia la coronilla. Así voy a ser, así también quedarán mis músculos y mi mente, estaba mirando el destino.

Levantó la cabeza. Su cuello extendido y afeitado, mirando al cielo. La navaja sobre la pila de libros. Su lentitud, su debilidad y vejez, sus lecciones, sus castigos. Tomé la navaja y la aprecié de cerca, abrí la hoja y vi que ya estaba gastada en el filo, que tenía pequeñas muecas. No lo mataría, aunque quizás era la salvación, la de ambos. Solo quería que fuera feliz, que no viviera en la decepción, que no desgarrara su vida y la prendiera fuego. Nunca lo lograría, nunca podría escapar. Miró el cielo y fue como cuando yo lo hacía de niño. Cuando sentía el rumor grave de las turbinas de un avión y miraba, giraba en el sitio tratando de encontrar el origen del sonido, algunas veces pequeño, otras veces más grande, y en ese avión iban cientos de personas, cientos de historias, de héroes, hacia aventuras, hacia mejores vidas. Me asombraba, me desconcertaba, desconocía todo lo que había detrás de un avión pasando por encima de la casa. Pero no pensaba en ellos, no pensaba en las personas sobre ese avión, cada vez que uno pasaba y que inevitablemente me hacía correr de la casa, de la cocina, del cuarto, de donde estuviera, corría hacia este mismo punto donde estaba mi padre parado y miraba el cielo como él, miraba para descubrir el origen del trueno. Dejaba de estudiar, de comer, de pensar en ella. Era el escape y la renuncia. El avión me daba permiso para dejar todo y poder mirar el cielo, escaparme de mí, renunciar a mi vida y a mis obsesiones. El avión siempre significó escape, por eso solo pude irme en él, siempre el escape será en avión, no en bote, no por el agua, sino por el cielo.

—En unos días, cuando estés en ese barco y solo pienses en saltar por la borda, quiero que sepas que no podrás volver. No habrá nadie que te rescate de la mierda en que te metiste. Solo podrás hundirte y en esos instantes en que vas a estar desesperado por aire, cuando sientas que tus pulmones se prenden fuego y que el ardor se transfiere a todo el cuerpo, cuando sientas que serías capaz de cualquier mierda con tal de una única bocanada de aire más, podrás darte cuenta de que siempre estuviste rodeado de agua, por más de que no fueras consciente, y entenderás, al fin, las consecuencias.

El río de orina escapó del matorral y comenzó a surcar por la tierra hasta el camino de piedras donde estaba parado. Se fue diversificando como un delta y en su caudal traía pequeños palitos que flotaban y jugaban carreras entre sí. La tierra saturada por el agua de la lluvia no absorbió más líquido, la orina siguió avanzando, llegando, lentamente, como una invasión, a tocar la punta de mis pies.

Se sacudió el pito y cerró la cremallera.

—¿Sabés lo que dice el libro? ¿Lo que está repetido cientos de veces en esa pila ahí, esperando a ser quemado? ¿La única confesión real de ese libro, la única mierda que cagué del pecho, de los pulmones, del corazón? ¿La única que me dio la fuerza para seguir y lograr convencer a cada persona de este pueblo de mierda de que se tatuara la palma de la mano, de pagar todos los tatuajes de mierda? No son las confesiones de las licitaciones arregladas, de las coimas, del servilismo y lo arrastrado que fui con los que ahora me desprecian. La única confesión real es que hicimos trampa para clasificar a los Juegos Olímpicos. La Cabra y yo, los dos. Está todo ahí, en esos libros de mierda, está como boicoteamos el transporte del bote del argentino que era mejor que yo, y como le prestamos un bote fallado del club. Así clasificué, así lo llamamos La Cabra y yo. ¿Cómo se te ocurre que en este pueblito, en ese mísero club, puede haber un atleta de nivel olímpico? Ni yo ni La Cabra ni vos ni nadie. Es toda una mentira, todo el pueblo se sustenta en esa mierda de mito que creamos con La Cabra.

CAPÍTULO ONCE

Camino a oscuras, tropezando con los muebles. Creía conocer el camino, creía que podría ubicarme a pesar de no ver. Pero cambiaron de lugar las cosas, se entreveraron, tropiezo y me golpeo en los pies, las canillas, los codos. No es una pesadilla, la pesadilla la contaré más adelante, me refiero a los continuos obstáculos que me depara mi mente al tratar de hablar de esta historia.

Debía ir a lo de Ana a buscarla y tratar de explicarle lo que nunca pude. A decirle, por fin, libre del río, del remo, del mito, del club, la verdadera razón por la que volví.

Huí de mi padre por el costado de la casa, pasando por el jardín hacia la calle. ¿Por qué me seguía volviendo ese sueño? Esos días me llegaban como flashes por el simple hecho del roce con las hojas de anacahuíta. Es un sueño que tuve hace muchos años. El pasto grueso y verde, su sonrisa de dientes blancos, sus ojos casi cerrados y la musculosa roja. Por qué me sentía tan bien cuando me salpicaba con agua, cuando mi madre metía la mano en el balde y la mantenía ahí por unos instantes como acrecentando la expectativa, mirándome cómo reaccionaba ante la salpicadura venidera, su cabello transparente al sol.

Lamenté no poder hablarle. No pude cuando me fui, ahora ni siquiera sé dónde está. Sin los rayos de las tormentas todo el pueblo parecía más oscuro. El río estaba caudaloso, creciendo minuto a minuto, el sonido se escuchaba a varias cuadras y parecía querer apurarme para que llegue a la casa de Ana.

La encontré en el fondo de su casa. Junto a una cuerda que cruzaba de lado a lado del jardín, atada a pitones en los muros de los costados. Estaba parada, vestía de un rojo que lucía apagado, casi naranja, y sobre un banquito metálico tenía un canasto gigante de ropa recién

lavada. El tiempo estaba mejorando por fin, esa tardecita dejó pasar los primeros rayos de sol y realizó todos los lavados atrasados por las lluvias interminables de días anteriores.

No pude entrar. Tenía el portón cerrado y detrás de él estaba su perro, esperando con la boca abierta para agarrarme en el aire si tan solo pensaba en saltarlo. Golpeé las manos, grité su nombre, pero no me escuchó, no se daba por enterada. Desesperado comencé a gritar la respuesta, la única válida, la que evité decirle todo este tiempo:

—¡Volví por vos! ¡Volví por vos! Solo por vos.

Estaba tan lejos, parecía que todo tuviera la dimensión de cuando era niño y ese patio se extendía como planicie verde, un campo gigante donde contrastaba el verde con el gris del cielo y el rojo de ella, pequeña, cada vez más pequeña. ¿Así de simple sería? ¿Así de simple me daría por vencido? Seguí gritando:

—¡Ya no me importa remar! ¡Me ofrecieron un trabajo! ¡Quiero que te vengas conmigo! ¡Nos tenemos que ir, nos tenemos que ir de aquí!

Su perro, enorme y gris como las nubes que el viento estaba limpiando, se abalanzaba contra el portón saltando, ladrando, me mostraba los dientes, parecía que su único objetivo era que Ana no me escuchara. Vi el perfil de ella, abrigada parecía más vieja, los brazos cansados. Tomó una camisa del trabajo, la miró por delante y por detrás, como buscando algo, alguna prueba de su inocencia, y la colgó con dos de los palillos que tenía prendidos del buzo. Al costado tenía una sábana.

—Felipe se viene con nosotros también —volví a gritar, cada vez con menos entusiasmo—, podemos comenzar juntos nuevamente. Al fin todo será como lo soñé siempre.

El perro comenzó a aullar ahogadamente. Se alejó de mi un instante, arañando la puerta de entrada a la casa. Las ramas de los árboles se resquebrajaban y las piñas golpearon contra el suelo, a pocos metros de ella, salpicando el agua que comenzaba a encharcar el patio. Sentí la remera pegoteada al cuerpo, mojada, la transpiración incapaz de evaporarse a través de la campera. Ana tomó una remera verde de Felipe, le sacudió un poco como para quitarle las arrugas del centrifugado, examinó un agujero en la axila derecha y la tendió junto a la camisa

de ella.

Seguí hablando, ya no grité, le hablé al perro que seguía rasqueteando la puerta.

—Al principio tendré que embarcarme por unos meses, poquitos meses, por trabajo, pagan bien, pero cuando vuelva podremos vivir juntos. Va a ser muy lindo, ¿no te parece?

El perro golpeaba la puerta con la cabeza. Golpes secos y rítmicos, tomaba un poco de carrera como un toro antes de cada golpe. Esos palillos debían ser de hierro, porque la ropa flameaba descontrolada pero no salía volando. Me transpiraban las piernas, las gotas que caían desde la cola y se deslizaban por los isquiotibiales. Ana levantó lo que me pareció la bombacha con corazoncitos y la colgó de un lado con un palillo, la vio moverse y tras un instante tomó otro palillo y la dejó prendida más firme. Apenas pude susurrar.

—¿Qué te parece? Ya no tengo nada que lograr acá.

El perro dejó de moverse. Se quedó echado frente a la puerta. Mi frente estaba llena de gotas que brotaban de entre los poros.

Ana sacó otra camisa del canasto, blanca también, pero más grande. Sus dedos finos con las uñas largas y despintadas la tomaron de los hombros y la extendió en el aire. La sábana se movía con el viento, se ahuecaba y enroscaba de tal forma que quedaba como envolviendo un bulto, un niño, dos niños, un niño y una niña, ella y yo, que estábamos encerrados en esa sábana y nos movíamos bailando. De forma lenta y fantasmal.

El agua comenzó a subir cada vez más, tapando la entrada y casi todo el patio, llegando a los talones.

—¿Tenés miedo? —le pregunté al perro.

Una camisa muy grande, gastada, con manchas, no era de ella ni de Felipe. Por un instante pensé que podría ser mía, pero no había forma de que lo fuera. Se la acercó a la cara y fue la única prenda que olió. Respiró profundamente con el cuello tapándole la nariz, luego la colgó como venía haciendo, de forma despiadada.

Las pesadillas, pude recordarlas. No hay monstruos ni otras personas. El causante es la malla ajustada. En el sueño solo quiero sacarme la malla, pero no puedo, se me queda atascada

en la cara, está tan mojada que se pegotea, me aprieta, me sofoca, me queda en la cara y no puedo respirar, toso, me atraganto con la saliva, me lloran los ojos, me arañó las orejas para despegarla, la muerdo tratando de abrirla, me caigo al piso barroso y me golpeo la cabeza con una roca, no logro quitarme la malla de la cara, se fusiona con la piel, se entremete en las fosas, me ahogo.

El agua en el patio continuó subiendo. La lluvia había cesado pero la crecida venía desde abajo del pasto, ya casi llegaba a los tobillos. Quería que me escuchara, aunque más quería encontrar las palabras. Transmitirle por telepatía, mover las ondas electromagnéticas entre nosotros, las cargas que trajo la tormenta y que ahora se estaban normalizando.

Cuando remaba, de joven, sentía que mi cuerpo se extendía hasta el fin de la estela que dejaba el barco. Al remar más fuerte me estaba extendiendo y abarcando más, ampliando mi existencia. Ese soy yo, hasta ahí me extiende y si esas estelas chocan con otro barco entonces los absorbo.

Golpeé el piso con los pies. Varias veces. Golpeé el agua embarrada y llena de hojas que nos unía. No veía sus pies, hundidos, pero vi las olas, las pequeñas ondas que generé avanzar hacia ella y chocar con sus tobillos, traté de alcanzarla de esa forma y ver lo que hice, entender que mi ser abarca más que las olas, llega hasta fin de las consecuencias de mis hechos, y que yo también soy la consecuencia de hechos infinitos. Golpeé más fuerte. Salté con ambas piernas. El barro llegó hasta mi cara, hasta mis ojos y mi frente, tapó la cara del perro que ya permanece inanimado, pero lo que llegó a ella fue apenas un movimiento casi imperceptible del agua, oculto por el viento que soplaba de costado. Ni cosquillas.

Su estampa era la de un pez moribundo, ahogada, rogando para poder respirar. Como si estuviera esperando que el agua la tapara para revivir y salir nadando de este lugar oscuro que nos comenzaba a cubrir. Pero permanecemos quietos como si estuviéramos en el fondo del mar y la presión nos atrapara, lentos y silenciosos, sin poder verme. No me escuchaba, pero si lo hacía, de todas formas no importaba, era incapaz de entenderme.

El perro salió de su estado de resignación, se paró y movió la cola golpeándola contra el agua. Escuché la cerradura de la puerta, a continuación vi cómo se abría y detrás detecté la silueta desnuda, morocha e intimidante, de Carlos. El perro entró en la casa, él lo levantó y la puerta volvió a cerrarse otra vez.

Cuando fui a su casa esa tardecita ya hacía varios días que no nos veíamos. Durante los días anteriores, en los que pretendimos ser pareja, descubrimos el aburrimiento. Quisimos usar la oportunidad de reflejarnos en alguien nuevo para ser diferentes, para ser mejores. Cambiar para ser lo que fuimos, niños con varicela que juegan a la escondida. Pero no fue posible. Temeroso de aburrirla y de decepcionarla hasta el punto de la parálisis, utilicé el cansancio por el entrenamiento como excusa para mis abstinencias. La imagen guardada que tengo de nosotros es de la última vez que me habló, sus palabras no como respuesta a algo que haya dicho, sino a mi actitud: acostado en el sillón del living de su casa, con el equipo deportivo, tratando de encontrar una postura que minimizara el dolor muscular del cuello. Ella usando el perfume anterior, el que reconocía, con el brillo dorado de su vestido negro haciendo juego tanto con el tono de pelo nuevo como con los aros, pero no con la decepción rojiza que mostraban sus ojos. Si alguien nos estuvo viendo del otro lado de la ventana no necesitó escuchar sus palabras para entender lo que me dijo:

—Al final, ¿para qué volviste?

(Volví para poder irme nuevamente, la única satisfacción que es capaz de darme este pueblo.)

CAPÍTULO DOCE

Me acaba de pasar algo extraño, estaba limpiando las telarañas en las botellas de la cantina y sentí una sensación muy agradable. Una alegría subterránea que partió del núcleo y germinó hasta la piel. Ya se está yendo. La noto irse como el rastro del bote en la orilla, cuando las olas son apenas ondulaciones lustrosas. Trato de aferrarme a este estremecimiento del corazón, a la sensación de la piel erizada, pero no puedo. Trato de volverla a traer, aunque sea de forma sutil, aunque sea con la caricia del aire en los pelos del bigote al respirar. Tampoco puedo. Aclaro que lo extraño no es la sensación, ni mi reacción hacia ella, ¿qué puede ser más normal que tratar de extender los momentos agradables y no poder hacerlo? Lo raro es que no recuerdo cómo llegué a ese estado. No puedo recordar en qué pensamientos estaba hasta hace unos instantes, los cuales me produjeron esa sensación. Un golpe, el caño de escape recortado de una moto, algún grito de un loco. Algo me sacó del trance y ahora escarbo y escarbo, pero no toco nada. O no quiero tocar, ya que las pistas de mi investigación me llevan a una única imagen lejana y fuera de foco: la mañana del cumpleaños de quince de Ana. Me da bronca. Siento que ya hablé mucho de ella. Tengo claro que todo momento de luz con Ana queda eclipsado, más tarde o más temprano. Quiero prometerme no hablar más de ella, pero ahora debo hacerlo. Aun así, para que entiendan el placer que sentí en su cumpleaños, antes debo hablar de la otra sensación.

Y esta otra sensación, que más bien es un deseo, es muy difícil de expresar en palabras, o por lo menos a mí me cuesta mucho encontrarlas. Es una sensación de querer abarcarlo todo, de extender mi piel para cubrir el mundo y sentir sus emociones. Me surge cada tanto, y casi nunca la puedo satisfacer. Ese día fue una excepción.

Me abrazó y quedé lleno de huevos, de salsa de tomate, de harina, de algo parecido a una sopa de uva o de remolacha. Tan sucio como ella. Con el equipo deportivo del club como un arcoíris de mugre, los pedazos de cáscaras perduraron en mi pelo por días. Frente a la casa de Ana, colgado entre el muro del costado y una rama del limonero, el pasacalle de los quince años, que no pinté, pero aporté la pintura, ondulaba calmo en la mañana de otoño. Nos reunimos ahí, junto al muro petiso donde tantas veces me senté a conversar con ella, dónde diez años antes, en otro de sus cumpleaños, esperábamos a los invitados para su fiesta de disfraces, yo con la medalla de cartón colgada y la antorcha en la mano, arrastrando un remo muy pesado para mí. Pero en sus quince el disfraz era otro, o más bien era el mismo de todos los días, lo que estaba cambiando era lo que ocultaba debajo. Ana corría de un lado al otro de la calle, tenía el pelo largo y estaba un poco gorda, características que nunca más repitió. Corría y esquivaba los lanzamientos de huevos lejanos, los ataques cuerpo a cuerpo con bolsas de harina o salsa de tomate, los manguerazos de la madre que luego de un rato ya apuntaban a cualquiera que pasara cerca.

Los gritos agudos y las risas de los compañeros del liceo tapaban cualquier otro sonido. Sucios, de remera, corriendo bajo el sol que hacía brillar las gotas de transpiración. Le tiré apenas un par de huevos, y le erré, me paré junto a la madre, al borde de la calle, viendo los roces entre todos, los abrazos y las manos que se extendían exploratorias a los cuellos, las cinturas, las piernas y caderas. Vi las frentes juntarse, las peleas luego del fuego amigo, las manos con huevos entrando por debajo de las remeras por la espalda o por delante.

Se alejaron, se alejaron como una cuadra y media. Llegaron cerca de la ruta, algunos autos tocaban bocina, saludaban. Ya no la podía diferenciar en el tumulto, eran doce o trece rebotando entre sí como un pool mal jugado, aunque los rebotes en lugar de separarlos los juntaba. Salió volando el último kilo de harina, se elevó como el hongo de una explosión nuclear y los terminó de unir como una masa. Saltaban abrazados, ella en el centro, le cantaban el feliz cumpleaños y otras canciones tan fuerte, orgullosos, que las faltas en el tono y de sincronización llegaban claras hasta donde estaba. En ese momento me surgió el deseo del que hablé. Quise apoderarme de esos sentimientos, extenderme sobre ellos como una manta y cubrirlos, meterme dentro para que su felicidad sea la mía. Vi a la madre con las lágrimas de emoción y por un instante logré atrapar todo. Comprendí nuestra juventud, y lo que estábamos perdiendo.

Volvieron despacio. Ella iba primero y sus dientes parecían lo único que no se ensuciaron, y no necesitaba más, porque de lejos se veían y expresaban la alegría que todo el

resto del cuerpo tenía oculta bajo la capa de repostería. Detrás, el resto de los compañeros volvían agotados, extasiados. Faltando media cuadra Ana comenzó a correr hacia nosotros, separándose del resto. Me aparté unos metros de la madre porque supuse que venía hacia ella, pero al correrme Ana desvió y siguió dirigiéndose hacia mí. Entendí el juego y comencé a correr escapándome de ella. Simulé lo más que pude, hice curvas, rodeé árboles, salté el murito, haciendo como si no quisiera que me agarrara. Daba vuelta la cabeza para verla perseguirme y se reía, y en la remera mojada se le marcaba el sutién, los senos. Dejé de correr, temiendo que se aburriera del juego, aunque yo lo hubiera extendido por el resto de mi vida. Me dejé atrapar, me abrazó fuerte, y sentí la humedad, el pegoteo, el olor a salsa de tomate y huevos, a fideos con boloñesa. Me pasó las manos por el pelo enredándose en la suciedad y acercó su cara. No puede ser otro el momento que surgió de toda mi consciencia para hacerme sentir la suprema felicidad por unos instantes.

—Te quiero mucho, mi medallista —me dijo.

—Todavía ni siquiera clasifiqué.

Esa noche, ya bañados y con el vaquero del color de la única calle asfaltada, la del centro, incapaz de decidir el gusto del helado, con el sonido estridente de las maquinitas, mientras hablaba de la próxima competencia con algunos de los compañeros, Ana y Carlos estaban juntos, apoyados contra la pared de la heladería, al oscuro. Carlos, que, por supuesto, no estuvo esa mañana, eran cosas de niños para él, mantenía los ojos sobre Ana y los hombros más anchos que nunca, sosteniendo el cigarrillo en una mano. Ana sonreía con timidez, sin saber bien cómo seguir. Miré hacia abajo inmediatamente, traté de adelantarme a cualquier reacción que pudiera tener. Hice bien, sentí el calor en los cachetes y los ojos vidriosos, el escurrimiento del corazón. ¿Si me voy quién me seguiría? No soy un líder. Me miré las rodillas, los muslos, preparé la sonrisa y cuando levanté la cabeza ya se habían ido. Hice como que no pasaba nada. Algunos amigos me miraron con cara de lástima, pero no hicieron mención alguna. Me fui temprano, cuando ya sentía el vacío, la música y las pantallas de las maquinitas parecieron quedar fuera del rango de mi consciencia. En mi regreso entre los montes deseé encontrarlos en la calle, que me vieran, no sé por qué.

Me quedé en la parada, oculto, y sin una gota de duda tomé el ómnibus hacia la capital. Lo más lejos que podía ir en ese momento. Hubiera tomado un avión de ser posible. Me senté

en el fondo, abrí la ventanilla al máximo para dispersar el olor a vómito que me abrazaba, y dejé que el viento congelara mis mejillas. La imagen de Ana, las tetas, mi fugaz imagen de nosotros juntos, sus dientes y la caricia de su aliento en mi oreja, todo aparecía oxidado, amarillento y arenoso. Imaginé que en el asiento delantero iba Carlos, delante mío como en el bote, como siempre con su nuca sucia y quemada por el sol. Carlos era el único que sabía de mi atracción. Al único que le dije, en el río, en la insolación de esas tardes donde La Cabra no mostraba piedad, y debíamos seguir a pesar de que hasta los peces ya se habían retirado a dormir. Se lo conté cuando, como un juego para él, me presionaba con preguntas sobre mi inexperiencia, luego de haberlo escuchado como chupó y succionó partes de casi todas las compañeras de clase. Como un espejo en reverso, miraba su espalda como mía, mis propios movimientos, corrigiéndolo, entendiendo las señas miserables de La Cabra y transmitiendo los pequeños puntos que luego él nos repetiría en el club y que Carlos no oiría por mantener su pose soberbia, rebelde. Luego, en el vestuario, me preguntaba qué fue lo que dijo y yo le explicaría nuevamente cómo podíamos ser los más rápidos del país fácilmente. Me di vuelta para ver hacia atrás, no pude soportar viajar mirando hacia delante, me mareaba, debía hacerlo como si estuviera remando, mirando el paisaje alejarse y perderse en la distancia.

Me bajé en la única parada que conocía, la misma que me servía para caminar dos cuadras y tomar el ómnibus local hacia el lugar de entrenamiento de la selección. No conocía la noche de la ciudad. Me sorprendió la cantidad de luces encendidas en los edificios, de televisores, de ruido de platos y vajillas. Nunca estaba despierto a esa hora, nadie en el pueblo posiblemente lo estuviera. Caminé en sentido opuesto al que hacía para ir a entrenar, buscando más ciudad, más edificios, siguiendo el olor a basura y no el de mar.

Las calles se volvieron más angostas, las veredas más desparejas, la gente más depredadora. Algunos gritos aislados salían de los apartamentos. Entré en un bar, en una esquina sin carteles, donde me pareció que la clientela era joven, y no sé si por el físico de deportista o porque no le daban importancia, pero me sirvieron el vodka sin preguntar. Estuve con el codo en la barra, sin saber muy bien para qué. Nadie se acercó, nadie me habló, nadie me miró, no había mujeres. ¿Qué esperaba de todo esto? ¿Esta era mi venganza? ¿Con esto probaba que estaban equivocados, que yo era igual de adulto que ellos? No, no podía quedarme en un simple viaje, solo porque Carlos no podía hacerlo, porque no tenía la plata en el bolsillo para pagar el boleto.

Dos años esperaré para la venganza. La decisión la tomé ahí, sentado en un banquito de ese bar que ni siquiera podría volver a ubicar, la vista fija en los aros de agua que dejaban

los vasos en la barra, pidiendo un vodka atrás de otro con los ojos ardiéndome. Dos años para que todo su futuro dependiera de mí, de remar juntos para clasificar a los juegos olímpicos, y mi rechazo sería la justicia que impartiría sobre él, la sentencia por todas sus traiciones.

Sabía que debía esperar, pero no podía permitirme el olvido. Caminé mareado hasta la casa de tatuajes enfrente. Acostado en la camilla le comía al tatuador las galletas de campaña que tenía en un paquete, porque ya estaba con hambre. Sentí más en el pecho el roce de sus rastas largas y mugrientas que el de la aguja, mientras le asentía todo lo que me hablaba sin entenderle nada e imaginaba que su cuerpo delgado y descamisado no soportaría una traición. El tatuaje de los aros olímpicos, en el pecho, era subrayado por un solo remo, símbolo de mi compromiso hacia la clasificación en solitario, la demostración de mi superioridad como remero, y la ocultación de la cicatriz de la varicela.

Metí la mano en el bolsillo y solo saqué la mitad de la plata que costaba el tatuaje. Debí suponer que la venganza no es demostración de buen discernimiento cuando vi a mi madre darle al tatuador el resto de la plata y el paquete de galletas que le pedí que trajera cuando la llamé por teléfono. Volví en el auto con mis padres, en el asiento de atrás, con la cabeza apoyada contra la ventanilla, viendo mi aliento alcohólico empañar el vidrio. Mis padres permanecieron en silencio. Llegamos al pueblo con la claridad del día mientras dibujaba en lo empañado el símbolo olímpico y en mi cabeza circulaba una y otra vez, grabándose en lo más profundo de mi memoria, tanto que hoy lo puedo reproducir sin siquiera esforzarme, el beso con lengua entre Ana y Carlos.

CAPÍTULO TRECE

Todavía no sé cómo nombraré estas memorias, pero mi padre, sin dudas sintiendo que

ya se había terminado el tiempo de sutilezas, que solo quedaba un último grito desesperado, encontró la única palabra que representó el combustible que le ardió por dentro, y tituló la suya, en letras rojas sobre fondo blanco, "Respeto".

Desde un punto A hasta un punto B se puede llegar por infinitos caminos. La teoría cuántica va más allá y dice que, de hecho, se utilizan infinitos recorridos, y solo por imaginarnos uno se le asigna cierta probabilidad de haber sido utilizado. Lo que voy a contar es un posible camino. Se trata del que recorrió mi padre desde el salón de fiestas que contrató la editorial para el lanzamiento de su autobiografía, o memorias, hasta llegar a Santa Helena. No sé la diferencia entre memorias y autobiografía, y aunque la supiera no podría determinar qué fue lo que quiso publicar, ya que nunca las pude leer. El contenido fue en gran parte quemado, y el resto, sumergido.

No fui testigo de lo que ocurrió, no me lo contaron tampoco, simplemente quiero darle la probabilidad de haber sido utilizado. Puedo imaginar la escena porque en la circularidad de lo que estoy contando llegó el punto en que el deseo del respeto perdido se unió con la vergüenza de la venganza convertida en fracaso.

La cronología de los hechos es simple, en eso no puedo equivocarme: hay un punto de partida y uno de llegada. Lo que me llama la atención es la música. Me parece totalmente necesario que esta canción en la que no puedo dejar de pensar sea la que escuchó mi padre, en el Chevette que siempre me dijeron que era dorado pero que ahora encuentro marrón, regresando, huyendo más bien. Corriendo de la fallida presentación de su libro, en que la editorial por error imprimió en la contratapa la cara de otra persona como si fuera el autor, una cara ni siquiera parecida, en lugar de la de mi padre.

Y esta canción, que comienza con el punteo bruto y meloso de la jarana, que recuerda el pasado y es premonitoria de lo que vino después, debe ser, sin dudas es, la que escuchó mi padre en el viaje. Comenzó en el centro de la capital, apretando el volante con todas sus fuerzas, imposible de soportar los segundos parado en el semáforo.

No me manden al oscuro, a morir como un traidor

A morir como un traidor, no me manden al oscuro

Yo soy bueno y como bueno, moriré de cara al sol

Circulando entre edificios de fachadas de vidrio oscuro, reflejantes de la vergüenza y ocultando en su interior los observadores que lo siguen como quien corre desnudo por la calle

en un desfile de muertos. Tapándose con una mano los genitales y con la otra la cara que nadie vio. Pasando a la zona más comercial y terrenal, con los grandes galpones de venta de colchones y de talleres de autos, de gente simple que vive sin sentir el peso de la desgracia en sus pechos azules y no verdes.

Adiós adiós padre jaguar, padre maíz
Si muero en guerra sería alimento de tu raíz
Adiós adiós padre maíz, padre jaguar
Si muero en guerra me vuelvo en monte para florear

Tomando la ruta angosta que pasa por las casonas cercadas, imposible de ver hacia adentro más que los techos tejados y las chimeneas humeantes con el fuego falso impermanente de los generales corruptos y los comerciantes coimeros. Y en su proceder, en su humilde proceder, mi padre deseándoles la muerte y el designio de sus insultos que aborrecen la vida de los que no conocen el río ni la lluvia lejana. Errático en su manejar, avanzando como un felino borracho persiguiendo un ciervo entre los pastizales de la pradera, ebrio de depresión, comprendiendo a su vez la depresión del pueblo y la borrachera real de ellos.

Adiós adiós madre del río, madre del río
La lluvia negra, la lluvia negra en el caserío
Adiós adiós madre del monte, madre del monte
La lluvia negra, la lluvia negra en el horizonte

Entra a la ruta gigante, con sus puentes y tréboles, con los aviones que lo sobrevuelan cerca del aeropuerto deseando que le caiga uno encima. Las chimeneas de las industrias elevándose cuyas sombras dan el efecto de pasar por dentro de un túnel, para salir al reflejo del sol, cegado, y en cada cegamiento las imágenes de la fiesta que lo invaden. La fiesta de la que se fue, sin que nadie lo notara, sin que nadie diera vuelta la cara cuando entró triunfal. Sin que nadie se exaltara ante El Autor, emocionados de que las palabras que se pronunciaban eran suyas, de la narración real que leían y admiraban, la historia del héroe que sacrificó hasta su honor por el bien de todos, el que mostraba el perro sarnoso que siempre llevó en su hombro y que nadie fue capaz de ver. Todo eso era él, pero nadie lo reconoció cuando entró. Nadie lo celebró y se fue sin que lo pudieran alabar y darle el respeto que estaba buscando desde que

dejó de remar para pasar al servicio.

Cuando ya no cante sones ni cabalgue por el viento
Ni cabalgue por el viento cuando ya no cante sones
Recordaran mis pregones porque dejo un sentimiento
Porque dejo un sentimiento sembrado en sus corazones

Y cuando las chimeneas terminan y solo es campo, cuando solo quedan las plantaciones de maíz y la ruta comienza a pegarse al río calmo, ahí se da cuenta que ya debería dejar de cabalgar, de explicarse, de tratar de montar el caballo de la hidalguía pregonando sus verdades. Pensando una y mil veces si la guerra que nunca tuvo lo hubiera rescatado, si una muerte en batalla habría llenado el vacío en que se ahogó y hubiera logrado ese funeral lleno de fanfarrias con el que tanto sueña.

Cartel tras cartel los límites de velocidad son cada vez mayores. Los semáforos desaparecen y la ruta se vuelve de una sola vía. Las líneas amarillas son el compromiso invisible entre lo histórico y lo demagógico. Mi padre levanta la vista para ver la tormenta a lo lejos con los relámpagos y las nubes negras, y acelera hacia ella, pasando autos uno tras otro, haciendo maniobras inmorales entre los grandes camiones de leña o de frutas.

Adiós adiós madre del río, madre del río
La lluvia negra, la lluvia negra en el caserío
Adiós adiós madre del monte, madre del monte
La lluvia negra, la lluvia negra en el horizonte

La carretera se pega al acantilado y el río debajo lo llama a su última regata. Cegado por el encandilamiento de un camión que circula en sentido contrario, le viene nuevamente la imagen de la fiesta, de los invitados del mundo literario, de los críticos e intelectuales que no lo conocían, que fueron solo por la comida, invitados por la editorial que apuró tanto la salida del libro que ni siquiera dejó que secara la tinta de la impresión. Mi padre ríe a carcajadas golpeando el volante con las dos manos, burloso de las personas que brindaron con champaña, que alzando las copas se horrorizaron al ver la cara desconocida estampada en sus palmas, porque al tomar las copas húmedas la tinta aún blanda se traspasó a sus palmas como un tatuaje y del susto dejaron caer las copas. Convirtieron el festín en un estallido cristalino, gritos más

agudos ante la indignidad de la mugre, terminado con todos los vestidos manchados y pedazos de vidrio incrustados en las piernas.

Aunque me miren a mí, humilde en mi proceder
Humilde en mi proceder, aunque me miren a mí
Es mi orgullo defender la tierra donde crecí
Aunque me miren a mí, humilde en mi proceder

Y al llegar a las primeras casas de Santa Helena, las primeras puertas y ventanas tapeadas, con las marcas de la humedad en las paredes, los pastos crecidos y los árboles con ramas quebradas, los perros corriendo ladrándole a las ruedas, observa al final de la calle la pintura desgastada y la mesa de jardín amarillenta que protege la entrada del bar. Realiza que solo allí, en ese lugar humilde puede ser útil. Puede recuperar lo que perdió y rescatar a todo el pueblo junto a él. Siente que todavía no es tarde y que si es tarde no importa, que solo puede hacer lo mejor. Se da cuenta que las letras son un desperdicio, inútiles, debe quemarlas ya que ellos no leen, y reemplazarlas por algo más simple, por una imagen que sea el alimento del regreso de la tormenta.

No me manden al oscuro a morir como un traidor
A morir como un traidor no me manden al oscuro
Yo soy bueno y como bueno moriré de cara al sol

Conduce despacio por la calle llena de pozos, salpicando el agua negra y esquivando las ramas de los árboles, detiene el auto, se baja y camina hacia la entrada del bar.

Quizás, y en esto no estoy seguro, mientras avanza por el camino de pedregullo piensa en mí escape. Trata de comprender las razones y las consecuencias, lo compara con su propia huida, y cuando pasa los dedos entre las tiras de plástico multicolores que hacen de puerta, todos los Helenos dentro del bar oscuro ven la palma de su mano, en la que lleva escrito el título de su libro, apelmazado, borroso, sangrante.

CAPÍTULO CATORCE

Era costumbre que mi madre masticara cerca mío, junto al oído. Hacerme escuchar el continuo claqueo, salivoso, húmedo, con el bolo a punto de salir. Masticando con los dientes del frente por haber perdido las muelas, y produciendo ese sonido que me hacía erizar los pelos de la oreja. No podía cerrar bien la boca, y las arrugas que se formaban al terminar el labio serpenteaban hasta morir cerca de la nariz y la pera. Comía parada y quitándole la comida del plato a mi padre y a mí. Nunca la vi servirse un plato para ella.

Ya cuando era niño su mirada comenzó a cristalizarse, a perderse. Los olvidos a acrecentarse y la rutina a ser el único refugio.

Fue cuando yo era adolescente que comenzó a masticar los restos de nuestra comida, a castañear con los dientes, y solo alimentarse de los restos.

Si bien eso se acrecentó antes de que me fuera, no es que me fui por ella. No pude haber sido tan cobarde. No me fui por su ropa descuidada, por los dedos torpes, por los gritos en las noches. No pudo ser esa la razón. Ahora no lo sé. Mis pensamientos no me parecen convincentes. La historia que siempre conté oficialmente, que me fui por la beca para estudiar afuera, pensé que en un principio ocultaba la vergüenza del fracaso deportivo o amoroso, de la traición. Ahora todas las razones se aparecen ante mí como un disfraz de retazos cayéndose y descubriendo, debajo, la mirada acobardada de mi madre, de quién yo pensaba, deseaba, no sería capaz de darse cuenta de lo que sucedió.

Cuando ocurrió la inundación solo pude pensar en ella. Y ahora me doy cuenta que siempre traté de quitarla de mis memorias, que hasta ahora ha aparecido poco en la narración pero que siempre estuvo detrás de todo. Sabía que no iba a poder comunicarme con ella. Lo

asumí. Y desde que volví siempre estaba durmiendo o paseando, haciendo el mismo recorrido que mantenía como una fuerza mayor en su mente, y que le permitía volver a casa siempre, a pesar de la lluvia que arreciaba hasta el día antes del desborde de la presa. Paseaba lento, con una rama en la mano para ahuyentar a los perros, mientras saludaba a todos con un beso y una sonrisa, a pesar de no reconocerlos, de ser siempre personas nuevas para ella. Solo después del sueño entiendo su importancia y ahora trato de enmendar este error.

La inundación golpeó rápido en el olvido y la soberbia. Todas las marcas de agua de la anterior crecida fueron borradas con pintura, o derrumbadas, ya no existía ni como mito, nadie hablaba del tema.

Fue tan rápido que se confundió con la alegría de la tormenta moviéndose esa tarde hacia el oeste, con el cielo estrellado y la esperanza de ver el sol nuevamente. Pero lo que nadie previó, por más que ahora parece obvio, es que el viento llevó la tormenta hacia donde nace el río, acelerando la crecida de caudal.

El agua marrón, espumosa, sucia, apareció llevando todo consigo. El arrastre de kilómetros y kilómetros de sedimentos, de basura, bolsas plásticas, techos de casas, ramas, bicicletas. Entró al pueblo desde los costados, desde atrás, desde abajo, levantando el césped artificial de los jardines, el contenido de los pozos sépticos. Emergió dentro de las casas, por debajo de las puertas y por entre las baldosas. Los cimientos en suelos barrocos se comenzaron a mover, propulsando a los Helenos a correr y ser arrastrados por la corriente, golpeados, azotados por la basura, tropezando con las bolsas que se enredaban en sus piernas.

Corrí con el agua en los tobillos, en las canillas, en las rodillas, cada paso más lento y cansador. Perros y ovejas flotaban sin signos de vitalidad, todos con destino al océano, que los esperaba con la boca abierta y el frío de la corriente subterránea, pronto para devorarlos hacia el fondo.

Solo tenía a mi madre en la cabeza y sabía que había salido a pasear. El primer paseo de la madrugada. Era probable que algo la habría golpeado y posiblemente estuviera desorientada.

Llegué al club y entré en el galpón de los botes caminando en el agua que, como ácido, transparentaba las paredes de las casas con su toque marrón.

Al entrar y ver el caos de los botes y remos apilados contra una de las paredes, me paré y por primera vez sentí el frío. Las lluvias de días anteriores mantuvieron elevada la temperatura, pero en ese momento el viento era gélido y silencioso. El frío calaba todo mi cuerpo, comenzaron a temblarme los hombros.

Carlos, no puedo negarlo más, mi amigo, mi compañero, flotaba en uno de los botes. Su cabeza colgando, con el cuello doblado como un cisne, como tratando de morderse el corazón. Me estaba esperando. Tomé un par de remos y subí con él.

—Vamos, remá, remá, debemos encontrarla, tenés que ayudarme a encontrarla.

(No te rindas, no hagas como yo, no te vayas, no debí irme, no debí abandonarte.)

Carlos nunca levantó la cabeza. Su espalda ancha seguía erguida, los codos tensos sosteniendo los remos. Tenía el pelo enmotado con canas y la remera con el cuello gastado. Estaba paralizado.

—Vamos a remar juntos, aunque no te guste, para que nos vea todo este pueblo de mierda, dale hijo de puta, ¡remá!

Eché su cabeza hacia atrás, miró al cielo, el techo de chapas enrollado como un papiro, buscó alguna constelación, dio una carcajada y su voz liberada me lo dijo:

—No puedo, ya solo soy un fantasma.

Las chapas del techo flameaban como una bandera, las paredes comenzaron a inclinarse.

Lo pateé para que cayera al agua y su cuerpo quedó flotando boca abajo. La campera roja manchada de barro como un mantel esperando el picnic. Podría usarlo como bote, pararme en su cuerpo flotante y navegar por las calles sobre él, mierda que podría haberlo hecho, mierda que se lo merecía.

Lo empujé con el remo. Más bien lo golpeé como si fuera un hachazo. Debía buscar un bote individual que estuviera en condiciones. Debía llegar al costado del galpón donde los botes se amontonaban y ya estaban abriendo un escape entre las uniones de las chapas. Desde lejos llegaban gritos, insultos o alaridos que se arremolinaban con el viento gélido. Alguno podría ser de mi madre. Sabía que podía llegar a los botes caminando con el agua en la cintura, pero no respeté esa vida ni ese cuerpo. Me subí encima de él y traté de usarlo como puente. Haciendo equilibrio, pisé su cola y su espalda. En la última demostración de superioridad, con especial empeño puse mi pie derecho sobre su cabeza. Resbalé y fue silencio. Me hundi

completamente. Quedé enredado entre sus brazos y ropas. El cuerpo de Carlos encima del mío no me dejaba salir a superficie, oscuridad total. Mi espalda pegaba contra el piso. Traté de patearlo, de empujarlo hacia arriba. Cerré los ojos, no podía creer lo que me estaba sucediendo, que mi ahogo, el que de todas formas sufriría en algún momento, fuera de esa forma. Comencé a expulsar el aire, mis pulmones se vaciaron. Pude agarrar de algo de la ropa de Carlos e impulsarme hacia arriba. Cuando abrí los ojos tenía la cara de Carlos junto a la mía, chocando frente con frente, sus ojos abiertos y duros como los del pejerrey, marrones y grandes, su cara rígida, el agua en sus cachetes, los pelos de la nariz moviéndose como algas. Puse mi mano sobre su rostro, no soporté el terror, y corrí la cabeza dándome el espacio justo para asomar y respirar.

Me paré al fin y dejé que el cuerpo de Carlos flotara hacia el rincón. Corrí hacia los botes y pude tomar el último que quedaba. El resto ya escapó del galpón. Sentí mi piel congelada a pesar de la agitación del corazón. Me quité la ropa mojada, preferí enfrentar el viento que el agua.

Fui a ser parte del desfile trágico. Remando en contra de la corriente, con la cabeza dada vuelta, mirando hacia atrás mientras trataba de avanzar entre la mezcla vegetal y animal. Debía buscar, no podía rendirme, como lo hizo La Cabra. Remé por las calles del pueblo buscándola entre los torsos erguidos de los Hijos del Alcoholismo, que lentos en su andar, sonrientes y juguetones, caminaban con el agua hasta la cintura impunes y desalmados dedicándose a irrumpir en las casas. Entraban y salían rápidamente pateando las puertas y rompiendo las pocas ventanas sin rejas en busca de lo que pudieran meterse en los bolsillos o colgarse del cuello.

Para el pueblo mi huida fue ir a favor de la corriente, dejarme llevar, pero ahora no podía ser como ellos me veían, como yo fui con ellos. No puedo tapar a mi madre como tapé mi tatuaje de los aros olímpicos cuando en San Francisco, abrumado por la neblina y un futuro que no era el mío, sentí el peso del tatuaje como la traición que me definía, que dejé que me definiera, y todo fue como una broma, una broma pesada que me mostró sus dientes blancos. Ahora mi pecho tenía una mancha rojiza, cicatrizante. Por un momento en esa búsqueda todo pareció mío. Pude fascinarme con lo que estaba sucediendo, con la demostración de humildad a la que fuimos sometidos. Mis brazadas se calmaron y sentí que la respiración se estabilizó. Comencé a avanzar seguro, con remadas amplias. La estela generada, las ondas, a pesar del movimiento del agua, estaban llegando a todo el pueblo. Porque todo el pueblo era el río, todo el pueblo era mis estelas. Lo abarcaba todo, estaba inundado, lo sentía todo. Y deseé que mi

madre sintiera las ondas y supiera que decían que iría por ella, que la encontraría. La luna apenas brillaba en la claridad previa al amanecer. El bote de bronce, el monumento a la mentira, estaba siendo barrido como toda la mugre y se alejaba de la plaza que lo mantuvo. En su paso fue golpeando contra los muros y los autos, destrozando parabrisas, surfeando las calles con su punta filosa, la que tanto daño hizo. Se abría paso golpeando los tachos de basura y las motos flotantes. Observé su marcha de despedida bajo el cielo despejado, reflejando la nueva claridad de ese día en que por fin saldría el sol.

Temblé del frío, del dolor. Mis dientes castañeaban y mis dedos estaban mucho más morados de lo habitual, pero nunca solté los remos. Seguí luchando contra la corriente. Soportando los golpes de las ramas, el enredo en los remos de las bolsas blancas que como icebergs debajo ocultaban lo importante. De repente, entre todo el caudal de pertenencias, entre los objetos y los animales, entre los que no tienen padre que, cubiertos con una campera y linternas, caminaban boca abajo para recoger las pertenencias de los otros, vi los libros, las memorias de mi padre. El resto de la edición, que no llegó a quemar porque lo hacía de forma lenta y pernicioso, comenzaron a pasar junto mí. Seguí la pista de letras inútiles, de palabras huecas que nunca serían leídas, y llegué al frente de casa. Pude ver a mi padre vistiendo la única ropa que quedó fuera del alcance de la crecida, seca en los estantes superiores del garaje, el saco militar con las insignias arrancadas y el residuo de mi iluminación. Mostrando ya sin apego sus vergüenzas, para poder terminar en silencio.

La búsqueda de una persona que nos haga sentir más auténticos se revela como una mentira. No existe nada genuino, siempre es una máscara que debajo solo oculta miedos, y debajo de los miedos, nada. Parado sobre el sillón, mirando curioso por la ventana, vi su resignación, sabiendo que en ese momento no había más lugar para las ocultaciones ni la mentira.

Mi padre estaría bien, lo sabía. Ya era libre, por eso seguí en la búsqueda. Comenzó a salir el sol y no recordaba que pudiera ser tan rojo. Como el lacrado que sella un sobre conteniendo nuestra historia. Los primeros rayos oblicuos volvieron al torrente en un tono sangriento.

Seguí avanzando, con los párpados pesados y descoordinado por la hipotermia. Las sombras alargadas que proyectaban los árboles, en su tono de sacrificio, me indicaban que ella estaría en uno de los baldíos, caminando entre montes. La búsqueda era para encontrar lo que antes escapé, porque no podía darle besos a quién me miraba de esa forma. Pero en el fondo, detrás de esos ojos, oculta y bloqueada está su compasión. Espero que este sea mi sacrificio,

escribir la historia para entender que todo sucedió como no podía ser de otra forma. Con el monumento derrumbado por el mismo río que santificó su gloria, reflejando el cielo en esas tardes calurosas donde mi madre jugaba conmigo, jugaba tirándome agua desde un balde, salpicándome, sacando la mano y mojándome. Ese es el recuerdo primordial, no fue un sueño, sino un recuerdo. Me llegó en ese momento en que la hipotermia limitó mi actividad cerebral al mínimo. Cuando todo se calmó y la maleza se abrió quitando todo lo que molestaba. El mito que me definía no era jugando en la cama a ser campeón de remo, no. Lo que brota en silencio, cuando ya no tengo la mente ocupada y solo queda lo que está más en la profundidad, es esa imagen de mi madre jugando conmigo. Pero no me recuerdo a mí, solo a ella y la alfombra verde que me parece perfecta, que se extiende como un mantel y ella con la musculosa roja, y las gotas de agua que me salpican joviales. Pero no es el agua del río, el río está lejos y la vida está lejos. Y sé que ella en el fondo de su mente tiene el otro punto de vista. No se ve a ella feliz como la veo yo, sino que me ve a mí, desnudo y riendo como lo hacen los bebés, moviendo los bracitos sin coordinación. La vi entre los árboles, cansado de remar, exhausto como nunca lo estuve, sin poder gritar por tener la lengua congelada, cuando los recuerdos pasaron a ser alucinaciones, y la lucha ya pasó a ser contra la desidia. No llegaría a ella en el bote. Solo es un vehículo, nos acerca, pero no nos deja en el destino. Para llegar a ella debía bajarme y caminar. Mojarme los pies, enterrar las piernas en el barro y caminar con el agua a la cintura entre la caca de todo el pueblo.

Parecía vestirse como la noche que recién terminaba. Me miró y supe que quería decirme algo, que podía alertarme y advertirme sobre lo que no veo, lo que ella siempre vio pero que yo no vi. Las palabras salían de su corazón, no de su boca ni de sus ojos perdidos. Estaba parada, con el balde en la mano, el mismo balde. Trataba de contrarrestar la inundación a baldazos, la tarea más imposible que se pudiera recordar. Me miró, empapada, temblando de frío, abrió sus labios buscando las palabras y por un instante pareció que iba a decirme todo lo que ya no puedo deshacer:

—Perdón hijo, no recuerdo tu nombre.

Avancé hacia ella, pero antes de llegar un tronco la golpeó en la cadera y se hundió. No la vi salir a la superficie.

Estas memorias debieron ser más fáciles de escribir. Debieron ser el desfile del bote ganador. Debió ser otro yo el que estuviera acá. En el mismo lugar de destino, pero llegando por el camino circular del otro costado, por el de la perseverancia. Un camino en el que no huí de mis responsabilidades como atleta, como hijo. En el que respeté a mis dos padres y los ayudé a pagar un poco todo lo que les debo. Que compitió en el bote doble, y aunque fallara en esa primera vez, que se quedó y entrenó cuatro años más para volver a intentarlo, pero sin trampa. Sentir los últimos años de lucidez de mi madre y ayudar con las obsesiones depresivas de mi padre. La historia en donde me incliné con humildad ante mi padre para declarar que no estoy hecho para este mundo, y a la orilla del río espiar cada momento de oscuridad esperando lo peor para superarlo. Sé que lo prometí. Prometí que en algún punto de esta historia contaría la falta de mi padre, la verdadera razón por la que fue depuesto de su rango en el ejército y ganó el rechazo público. No lo voy a hacer. Hasta aquí llegué en mis confesiones de pus. Aprieto el granito del pecho, el aro rojo infectado con el centro como bolitas blancas, pero veo que solo sale sangre. Ya es tiempo de amigarme con mi real destino, con la soledad de un club sin atletas, con un pueblo que deberá reconstruirse de cero y creará su nueva identidad en base a los héroes de la inundación. Los mismos que La Cabra atrajo hacia él fueron los que rescataron a mi madre del ahogo y la pusieron a salvo, los que me cedieron un abrigo en el momento justo y que me permiten cuidarla en su senilidad. Esos hijos de todos, Helenos puros, fueron los que no huyeron, sino que dejaron atrás sus pertenencias para salvarla, para salvarme. No estaban tratando de saquear ni robar, simplemente trataban de rescatar a los ancianos. La mirada que mostraban era la misma, pero la intención era la de los héroes.

Duermo tranquilo. Sueño con el momento en que estas memorias son publicadas como la historia de un pueblo que se redimió, renunció a sus mentiras y comenzó nuevamente.

Ya no quedan botes ni monumentos. Están flotando en el océano y mis sueños se han vuelto claros, no son sobre Juegos ni sobre Ana o sobre aviones. En mis sueños protejo al pueblo y su historia, soy mi padre tratando de curarlos, soy La Cabra tratando de mejorarlos, soy mi madre tratando de quererlos a todos. Y siento un gran alivio, porque en ese sueño logré contar la historia sobre un pueblo que nació en paz, que no le queda nada del inicio tramposo. Una narración real, en la que todos son héroes menos yo.

Nadie me quitará de donde estoy ahora, de esta querencia a la que volví por la traición, y firme como los árboles que dan la bienvenida, no permitiré que nadie más practique remo, ni que se vuelva al río con esas intenciones.

<<<<>>>